

Migraciones Internacionales Contemporáneas:

Procesos, desigualdades y tensiones

Verónica Trpin y Ana Ciarallo
(compiladoras)





Migraciones Internacionales Contemporáneas:
Procesos, desigualdades y tensiones

Migraciones Internacionales Contemporáneas: Procesos, desigualdades y tensiones

Verónica Trpin y Ana Ciarallo
(compiladoras)

Brígida Baeza
Roberto Benencia
Ana Ciarallo
Janneth Clavijo
Corina Courtis
Mariana Ferreiro
Judith N. Freidenberg
Sandra Gil Araujo
María José Magliano
Ana Mallimaci
Brenda Matossian

Gabriela Mera
Gabriela Novaro
María Inés Pacecca
Claudia Pedone
Evangelina Pérez
Cynthia Pizarro
Amalia Stuhldreher
Verónica Trpin
Anahí Viladrich
Cecilia Jiménez Zunino



Facultad de Derecho y Cs. Sociales
Universidad Nacional del Comahue

2016

ISBN: 978-987-46421-0-3

Migraciones internacionales contemporáneas : procesos, desigualdades y tensiones / Brigida Baeza ... [et al.] ; compilado por Ana Ciarallo ; Verónica Trpin. - 1a ed. - Neuquén : Publifadecs, 2016.
270 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-46421-0-3

1. Estudios Sociales. I. Baeza, Brigida II. Ciarallo, Ana, comp. III. Trpin, Verónica, comp.
CDD 301

© Verónica Trpin y Ana Ciarallo

Primera Edición: Noviembre 2016 / 200 ejemplares

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

impreso en Argentina

Imagen de tapa: La Ekeka, realizada por el colectivo feminista autónomo Mujeres Creando, fue presentada en la feria de Alasita, Bolivia en el 2009.

Diseño y diagramación: Viviana García

Ilustración de tapa e interior: Francisco Pérez



Publ**ifadecs**

Editado e impreso por Publifadecs.

Departamento de Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Universidad Nacional del Comahue

Mendoza y Perú (8332) General Roca, provincia de Río Negro, Argentina.

Tel: 0054 298 4422405

publifadecs@hotmail.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 7

Verónica Trpin y Ana Ciarallo

CAPÍTULO 1

“Memorias migrantes”: las identidades migrantes y la construcción de memorias colectivas 17

Brígida Baeza, Mariana Ferreiro, Gabriela Novaro, Evangelina Pérez, Anahí Viladrich

CAPÍTULO 2

Inserción espacial de los migrantes y desigualdades sociales 69

Judith N. Freidenberg, Gabriela Mera, Brenda Matossian

CAPÍTULO 3

Mercados de trabajo, migración e intersección de desigualdades113

Cynthia Pizarro, Verónica Trpin, Ana Ciarallo, Ana Mallimacci, María José Magliano, Cecilia Jiménez Zunino, Roberto Benencia, Claudia Pedone

CAPÍTULO 4

Migraciones internacionales y derechos políticos en América Latina191

Sandra Gil Araujo, María Inés Pacecca, Janneth Clavijo, Amalia Stuhldreher y Corina Courtis

Autores y autoras269

CAPÍTULO 3



Mercados de trabajo, migración e intersección de desigualdades

Cynthia Pizarro, Verónica Trpin, Ana Ciarrallo, Ana Mallimaci, María José Magliano, Cecilia Jiménez Zunino, Roberto Benencia, Claudia Pedone

Introducción

La movilidad territorial de grupos humanos a través de las fronteras de los Estados nación ha adquirido características particulares en los últimos años del siglo XX y en lo que va del actual. Por un lado, las nuevas tecnologías de comunicación y de transporte junto con la importancia de las redes sociales que apoyan tales desplazamientos han propiciado el incremento en la interconexión e interdependencia entre las distintas regiones del mundo. Por otro lado, estos movimientos se encuentran asociados a una nueva fase del sistema capitalista que se caracteriza por la internacionalización de la producción, la concentración del capital y las necesidades de mano de obra. Esta demanda es generalmente suplida por quienes son clasificados por diversas regulaciones estatales como inmigrantes laborales. En el marco de la economía política transnacional, estas personas suelen articularse en ciertos mercados de trabajo segmentados por clase, etnia, género, nacionalidad y condición migratoria. La intersección de dichas situaciones de opresión –presentes y pasadas– define sus posibles posiciones en el espacio conformado por sus trayectorias sociales y circulatorias, las que son recreadas y contestadas por los/las migrantes. Aunque, ante la falta de alternativas muchos/as toleran y acep-

tan condiciones de vida y de trabajo sumamente precarias, su movilidad –que es una necesidad del sistema económico- constituye un problema para los Estados-nación, debido a que los territorios socio-identitarios que ellos/ellas construyen, disputan con aquellos construidos por los sectores hegemónicos. En Argentina, la movilidad de migrantes regionales ha aumentado de manera progresiva a partir de mediados del siglo XX, observándose una creciente tendencia a concentrarse en las áreas urbanas y periurbanas de diversas ciudades alejadas de las zonas fronterizas, tales como Buenos Aires, Córdoba y Mendoza. Estas personas, procedentes tanto de sectores pauperizados campesinos y urbanos, como de clases medias relativamente cualificadas en los países de origen, se insertan en mercados de trabajo informales destinados a inmigrantes tales como la construcción, la industria manufacturera, el comercio, la agricultura y los servicios de cuidado, según su nacionalidad, género y edad, entre otros factores. Si bien, tanto a nivel local como nacional contribuyen significativamente en la producción de bienes y servicios y participan en la construcción de novedosos territorios socio-culturales, estas personas y sus descendientes suelen ubicarse en los escalones más bajos de las jerarquías laborales, configurando mercados de trabajo segmentados étnicamente. Por otra parte, aún cuando alguno/as migrantes hayan logrado cierta movilidad socio-económica, se les suele asignar posiciones etnicizadas y racializadas en las estructuras de clasificación de la otredad.

Las características del capitalismo tardío, la penetración de fuerzas globales en las periferias y la implosión de la periferia en el centro, constituyen factores históricos que otorgan características particulares a la movilidad de personas a través de las fronteras interestatales, geopolíticas y culturales en la actualidad (Basch et al., 2003; Guarnizo, 2010; Harvey, 1998; Kearney, 2008; Levitt y Jaworsky, 2007; Sassen, 2003). Sin embargo, las categorías inmigrante-emigrante son construcciones que no comprenden a todos/as los/las que atraviesan los límites internacionales, puesto que el poder coercitivo, controlador y clasificador del Estado asigna dichos status sólo a quienes se les adscribe una motivación económica para buscar trabajo en otro país, diferenciándolos/as de los/as exiliados/as, estudiantes, turistas y expatriados/as, entre otros/as (Pedreño

Cánovas, 2005; Pizarro, 2012a). Se produce entonces una forma particular de segmentación del mercado laboral que asigna a ciertos trabajadores a las posiciones laborales más precarias y vulnerables por el hecho de que compartirían un conjunto de características supuestamente innatas debido a su nacionalidad, y de este modo se legitima la relación desigual entre capital y trabajo a través de la etnicización de las relaciones de producción (Pizarro, 2012b; Jiménez Zunino, 2011).

Según Sayad (1998), los migrantes laborales no consiguen trabajo en cualquier lugar, sino en los mercados de trabajo para inmigrantes. Este concepto es retomado por Herrera Lima (2005) cuando se refiere a los mercados de trabajo segmentados destinados a inmigrantes recientes que se caracterizan por la informalidad, la mala paga y las precarias condiciones de vida y de trabajo tales como la construcción, la agricultura, algunos tipos de comercio, la fabricación de indumentaria y los trabajos de cuidado entre otros.

Las migraciones laborales actuales son moldeadas por factores macro estructurales, ya que tienen anclaje en modelos económicos y productivos que configuran posibilidades laborales para amplios contingentes poblacionales (Ortiz, 2002). Piore (1979) argumenta, basándose en la teoría de los mercados laborales duales, que su segmentación en las sociedades industriales avanzadas conlleva una demanda estructural de mano de obra. La misma integra diversos contingentes poblacionales en base a una selección diferencial que es justificada por criterios extraeconómicos fundados en la diferenciación cultural, étnica, demográfica, de género y de condición migratoria (Canales y Zlotniski, 2000) y en consecuencia, las migraciones constituyen el proceso principal a través del cual se establece una economía política transnacional fundada en dichos estereotipos.

Pedreño Cánovas (2005) considera que en las sociedades capitalistas fragmentadas es cada vez más frecuente la presencia de sectores subalternizados sobre los que la etnicidad funciona como un marcador de posibilidades y de posiciones en la distribución de recursos. Según Glick Schiller (2008), el entrelazamiento de las formas más informales y precarias de trabajo opera en escalas que van de lo global a lo local, tales

como los procesos de trabajo en las factorías agrícolas que se lanzan al mercado internacional utilizando métodos semi-esclavistas de organización del trabajo. En el mismo sentido, Quijano (2000) señala que el capitalismo mundial, colonial/moderno, es una estructura de poder que articula todas las formas históricas de trabajo, control y explotación, en el marco de las cuales los grupos sociales se clasifican y son clasificados según tres líneas: trabajo, raza, género.

Debido a que las estructuras de opresión son múltiples y simultáneas, las posiciones heterogéneas de las personas que circulan son producidas por la intersección de dichas desigualdades. Así, formas específicas de subordinación y de poder son experimentadas por los/las migrantes en el marco de contextos socio-económicos y políticos determinados habilitando, a la vez, posibles y específicas formas de resistencia (Pizarro, 2011a, 2011b; Pizarro y Trpin, 2012; Trpin y Radonich, 2013). Tal como plantea Mallimaci Barral (2013), las desigualdades de clase, etnia-raza y género cuya intersección señaló Anthias (2001) al referirse a las posiciones vulnerables de los/las migrantes, se multiplican. Retomando las metáforas multiplicadoras que critican a las aditivas (Parella Rubio, 2003), la autora sostiene que no es posible experimentar el género sin simultáneamente experimentar la raza y la clase. Por otra parte, en el marco de contextos migratorios, la categoría etnicidad-raza remite a la etnicización-racialización de grupos que son (auto y hetero) definidos como migrantes y/o extranjeros (Fenton, 1999) a través de diversos mecanismos que van desde la inferiorización-jerarquización hasta la diferenciación y la xenofobia (Pizarro, 2013). Por lo tanto, la condición de migrante constituye un factor que se agrega a la intersección de desigualdades.

Con respecto a los factores meso-estructurales que condicionan los movimientos migratorios, Lara Flores (2010) destaca que las migraciones de trabajo son hechos de movilidad, puesto que abarcan dimensiones económicas, sociales, culturales y políticas; y movilizan redes sociales e intercambios de distinta índole. En esta dirección, se ha remarcado la importancia que tienen las redes sociales puesto que conllevan relaciones de solidaridad y reciprocidad generalizada, particularmente entre los pa-

rientes y vecinos más cercanos (Benencia, 2013; Massey et al., 1991; Portes, 1995, entre otros). Sin embargo, estudios recientes señalan que las relaciones de poder son frecuentes dentro de estas redes ya que los/las inmigrantes más vulnerables carecen de otro tipo de capitales durante sus itinerarios circulatorios (Tarrius, 2000 y 2010), lo que los/las ubica en relaciones de reciprocidad negativa. Tal como señalan Pedone (2005) y Torres Pérez (2013), las relaciones verticales de poder que atraviesan dichas redes están relacionadas con el acceso limitado a recursos tales como dinero e información. Se espera que los migrantes recientes paguen sus deudas en dinero de acuerdo con los valores de mercado y que, a la vez, participen en diversos intercambios de reciprocidad vertical de dones y contra-dones morales, lo que habilita situaciones de opresión debido a desigualdades de clase, género, etnia y condición migratoria (Pizarro, 2014).

Estas reconfiguraciones de los espacios de socialización no sólo se ponen en acto en las relaciones sociales sino que también se materializan en la construcción de territorios circulatorios que se superponen con aquellos construidos por los sectores hegemónicos (Tarrius, 2000 y 2010). Las trayectorias migratorias se anudan en ciertas cartografías socio-culturales que emergen de los movimientos cotidianos entre lugares que son familiares, aún cuando la distancia entre ellos sea muy grande. Musset et al. (2013) destacan la capacidad de los/las migrantes de hacer frente a lugares extranjeros y de volverlos familiares en el marco de procesos de apropiación del espacio y de territorialización cuya amplitud es tanto espacial como simbólica.

Lizardí Gómez y Ortiz Cadena (2012) plantean que estos espacios imaginarios localizados abstractamente son construidos a través de prácticas de movilidad entre Estados-naciones y señalan que estas prácticas están condicionadas por las limitaciones y oportunidades impuestas por el contexto. De hecho, tal como señalan Sassone y Cortes (2010) estas circulaciones están marcadas por las fronteras jurídico-administrativas estatales que dan lugar a cartografías geopolíticas y por fronteras simbólicas que construyen ciertas cartografías de la otredad (Briones, 2005), las cuales interpelan a los migrantes (Kearney, 2008).

Repensando la clase en los mercados de trabajo segmentados

Ante los procesos migratorios abordados en este capítulo, nos preguntamos cómo retomar la categoría “clase” resignificada en los procesos actuales del capitalismo, como categoría de relevancia fundamental para la reconstrucción e interpretación significativa de un proceso o formación social específicos partiendo de las representaciones, intenciones y acciones culturalmente configuradas de las clases sociales.

En las discusiones entabladas en la teoría social a lo largo del siglo XX, la clase se ha constituido en un concepto dominante para interpretar la desigualdad, con primacía por sobre otras manifestaciones, habiendo anulado de los análisis la posibilidad de observar la “convivencia” de relaciones sociales basadas en relaciones productivas o económicas con otras fundadas en términos nacionales, étnicos y de género. Este concepto movilizó así amplios debates y aplicaciones en el campo antropológico, sociológico e historiográfico que no abordaremos en este escrito, pero que no podemos desconocer al recuperar los aportes que E. P. Thompson⁶ realizó desde la historia al “desestructurar” la categoría de clase y usarla en diálogo con los contenidos de la cultura. Para este autor, el concepto de experiencia será central para pensar la clase ya que de este modo:

los hombres y mujeres retornan como sujetos; no como sujetos autónomos o “individuos libres”, sino como personas que experimentan las situaciones productivas y las relaciones dadas que se encuentran en tanto que necesidades e intereses y en tanto que antagonismos, “elaborando” luego su experiencia dentro de las coordenadas de su conciencia y su cultura. (1989: 253).

⁶E. P. Thompson junto a Pierre Bourdieu y Anthony Giddens pueden considerarse movilizados de una visión constructivista de la teoría social. Desde la década del '70 estos teóricos, a pesar de sus diferentes procedencias teóricas y disciplinares, marcaron una tradición al sostener una abierta crítica a las visiones estructuralistas y deterministas de la acción social. Aunque con matices, coincidieron en observar la realidad social en términos de construcciones históricas y cotidianas por parte de actores reproducidos, transformados o desechados en la práctica. De este modo pusieron fin a los largos debates teóricos, donde las visiones macro y micro eran inabordables en relación, donde la estructura definía la acción o las acciones eran sólo resultado de prácticas instrumentales y desde los cuales el idealismo y el objetivismo eran irreconciliables.

El conocimiento de lo social partiría de las experiencias de los/as sujetos/as y de la definición que ellos hacen de sí mismos y de las relaciones y de los contextos históricos en el que están inmersos. De esta manera sería posible reconstruir la totalidad social a la vez que captar la especificidad de cada práctica social o proceso particular. La noción de experiencia posibilita presentar un sentido de sociedad como unidad y como parte de un proceso histórico, a la vez que está conformada por hombres y mujeres capaces de ejercer acciones singulares y colectivas. El desafío consiste en no unificar los sentidos que varones y mujeres le otorgan al trabajo ni las condiciones y relaciones laborales en las que los/las sujetos/as se ven involucrados/as (Trpin, Brouchoud y Rodríguez, 2015).

Por su parte, Bourdieu realiza importantes contribuciones al pensar las características de una clase social, las cuales provienen de la distinción de dos aspectos que están estrechamente relacionadas: la condición y la posición de clase. Mientras que la primera está ligada a un cierto tipo de condiciones materiales de existencia, la posición refiere al lugar ocupado en relación con las demás clases. Una clase social posee propiedades vinculadas a las relaciones objetivas que mantiene con las demás clases, pero también posee propiedades ligadas a las relaciones simbólicas que sostienen los miembros de una misma clase entre sí y con los demás, incorporando además la dimensión sincrónica y diacrónica. Dichas propiedades ligadas a lo simbólico, ¿podrían analizarse como parte de las experiencias compartidas?

Una clase o una fracción de clase se define no solo por su posición en las relaciones de producción, sino también por un conjunto de características auxiliares que pueden funcionar como principios de selección o de exclusión reales, sin estar formalmente enunciadas, por ejemplo el caso de la pertenencia étnica o el género, y que a menudo se encuentran en la base de su valor social como prestigio o descrédito y que funcionan como exigencias tácitas, orientando de forma más o menos abierta las elecciones de cooptación en un grupo social.

La clase no se define por tanto por la suma de propiedades –sexo,

edad, origen social o étnico, ingresos, nivel de instrucción- sino “por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas” (Bourdieu, 1988: 112). Tres tipos distintos de recursos –simbólicos, culturales y sociales- constituyen tres fuentes diferentes de poder, que junto al económico, componen las cuatro grandes especies de capital que Bourdieu distinguió como principios de construcción del espacio social en términos de volumen y estructura, como factor clave de las estrategias de reproducción de las diferentes clases y fracciones de clase, y por ello de la reproducción de la vida social (Gutiérrez, 2007: 26-27). Para este autor, el espacio social es una construcción que define acercamientos y distancias sociales. Quiere decir que “no se puede juntar a cualquiera con cualquiera”, que no se pueden ignorar diferencias objetivas fundamentales, pero no implica excluir la posibilidad de organizar a los agentes en ciertas condiciones, momentos y lugares según otros principios de división como étnicos o nacionales (Bourdieu, 1988: 243). En síntesis, las estructuras objetivas son centrales en la organización del mundo social, pero también se debe tener en cuenta las percepciones, las representaciones y las visiones que tienen los agentes de ese mundo y por los cuales también resisten y se movilizan.

El desafío de retomar en las investigaciones vinculadas a los mercados de trabajo en los que se insertan migrantes, conlleva a problematizar este campo de debate en que no puede desatenderse las posibilidades de cruces entre los aportes marxistas y feministas, de modo que los procesos laborales no reproduzcan marcos conceptuales que homogenizan a las y los actores involucrados.

Partimos de la hipótesis que sostiene que las trayectorias laborales-migratorias, las experiencias de vida y la construcción de territorios socio-identitarios de los/as bolivianos/as, paraguayos/as y peruanos/as que participan en mercados de trabajo destinados a inmigrantes en áreas urbanas, peri-urbanas y rurales de la ciudad de Buenos Aires y de las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Río Negro, son paradigmáticas de aquellas de numerosos sectores pauperizados y/o con riesgo de empobrecimiento de diversas regiones del mundo que ponen en acto hechos de

movilidad a través de las fronteras de los Estados-nación, comprometiéndolos todos los aspectos de sus vidas. En el caso de Ecuador referido a migrantes calificados –quienes no se reconocen dentro de esa categoría– plasman las jerarquizaciones y diferencias de clase social, que asocian la denominación de inmigrante a personas pobres, de inserción precaria. Sin embargo, estas movibilidades dan cuenta de estrategias migratorias individuales y familiares similares a aquellas seguidas por inmigrantes con una inserción laboral en sectores no cualificados y que no son reconocidas por las políticas que gestionan la “circulación de talentos”, ni por los propios “migrantes cualificados”.

En síntesis, las similitudes y diferencias de las trayectorias, experiencias y territorios de los y las migrantes regionales se deben a las características de sus circulaciones en el marco de los distintos contextos socio-históricos de las regiones de origen y de destino; a las particularidades de los mercados laborales segmentados en los que participan; a las diversas configuraciones que presenta la intersección de las desigualdades de clase, etnia, género, nacionalidad y condición migratoria; a la incidencia de otros factores tales como edad, estatus marital, ciclo de la familia, acceso a redes sociales, disponibilidad de recursos económicos y simbólicos, entre otros; y a las variadas maneras en que re-significan dichos condicionamientos, recreándolos y/o transformándolos.

A fin de dar cuenta de las especificidades que adquieren los itinerarios laborales y migratorios y las vidas cotidianas de los migrantes según las regiones, los mercados de trabajo, los grupos nacionales y la intersección de diversas desigualdades, enfocaremos la atención en diferentes estudios de casos. Atenderemos, especialmente, a la noción de trayectorias migratorias de los diferentes grupos, para aportar elementos de comprensión de las diferentes inserciones en el mercado laboral: horticultura, producción forestal, trabajos de cuidado, migrantes calificados en el ámbito académico. A partir de estos elementos, intentaremos sopesar el modo en que ocurren estas inserciones (incidencia de redes, de discriminación étnico-racial, de asignación a determinados segmentos del mercado laboral por origen nacional, etc.), los itinerarios previos que las hacen posibles y el peso relativo de cada una de las variables consideradas: género, edad,

etnia, clase, origen nacional, etc. en la configuración de los diferentes itinerarios.

Aunque los aportes del presente documento proceden de diferentes investigaciones, todas comparten la centralidad otorgada al trabajo de campo de tipo cualitativo. En todas ellas se han realizado entrevistas que han permitido recabar información sobre itinerarios biográficos, laborales, migratorios, residenciales, etc. de los/las migrantes, a fin de detectar variaciones en las trayectorias laborales, diferencias en las inserciones laborales dentro de una misma familia según el género o la posición en la fratría, reconversiones de actividades en la reproducción intergeneracional, entre otras.

La disponibilidad de trabajadores paraguayos y la expansión de la producción forestal del Delta Inferior del río Paraná

Cynthia Pizarro

La expansión de la producción forestal en el Delta Inferior del río Paraná a partir de mediados del siglo XX generó una creciente demanda de mano de obra estacional para actividades tales como el raleo, la poda y la plantación. Inmigrantes procedentes de diversas regiones se articularon en este mercado de trabajo informal y sumamente precarizado en el marco de los procesos contemporáneos de acumulación de capital en la producción agropecuaria en general y, en este caso, en la forestación. Particularmente, desde la década de 1990 la contratación de jóvenes paraguayos favoreció, entre otros factores, el progresivo proceso de diferenciación de los productores de la zona, permitiendo a algunos pocos capitalizarse hasta convertirse en empresarios familiares y a muchos otros resistir a fin de permanecer en el sistema productivo.

Históricamente, los mercados de trabajo rurales de Argentina se caracterizaron por estar conformados por trabajadores estacionales o temporarios, con empleos precarios y organizados en espacios geográficos que incluyen áreas distantes, vinculadas a través de enganchadores. Estas formas de contratación de la mano de obra procedente de diversas zonas del país o de países limítrofes fueron típicas en algunas economías regionales articuladas alrededor de actividades tales como la vendimia o la zafra de la caña de azúcar.

Estudios recientes (Benencia y Aparicio, 2014) ponen en evidencia que aún en aquellas producciones que están totalmente integradas en la economía capitalista actual tanto las formas de contratación informales como la precarización de las condiciones laborales y la demanda de trabajadores dispuestos a aceptar —o al menos a tolerar— estas situaciones continúan favoreciendo al empresariado a costa de la mano de obra. Por otra parte, las migraciones laborales no han disminuido. Contrariamente, numerosos contingentes de migrantes internos e internacionales continúan abonando las filas de los trabajadores que se insertan en los puestos de trabajo rurales más precarizados. Estos mercados laborales están destinados a ciertos inmigrantes y no a otros. El estatus migratorio, la nacionalidad, la etnia o el género de determinadas personas es lo que hace que sean más “adecuados” para ciertas labores, legitimando su asignación a aquellos puestos de trabajo ubicados en los escalones más bajos de la jerarquía laboral.

En el caso de la forestación en el Delta del río Paraná, la migración no sólo es necesaria para el proceso expansivo de esta actividad agropecuaria sino que, a la vez, permite lograr esa expansión mediante la contratación precaria e informal de ciertos migrantes estacionales, tales como los jóvenes varones paraguayos, en un mercado laboral segmentado por etnia-nacionalidad.

Lo interesante de la participación de “los paraguayos” en el mercado laboral de “la isla” es que su trabajo en actividades agropecuarias y, específicamente, en la forestación en el Delta del río Paraná, es escasamente conocida por la opinión pública y no ha sido analizada por los estudiosos de los procesos migratorios procedentes de Paraguay en Argentina⁷. Pero además, resulta llamativo que su presencia en “la isla” sea asociada a las nuevas formas de organización laboral. A continuación me referiré a la manera en que la conformación de un mercado laboral destinado a jóvenes paraguayos facilitó la expansión de la producción forestal en el Delta Inferior del río Paraná. Los datos analizados provienen

⁷ Bruno (2012); Del Águila (2012); Halpern (2009); Rau (2012).

de fuentes secundarias y del trabajo de campo etnográfico iniciado en diciembre de 2012⁸.

La expansión de la producción de salicáceas en la Zona Núcleo Forestal y los cambios en los procesos de trabajo

La expansión de la forestación en Delta Inferior del río Paraná a partir de mediados del siglo XX conllevó una diferenciación y movilización socio-económica que dio lugar a la coexistencia actual de pequeños productores, productores familiares capitalizados, empresas familiares y empresas forestales agroindustriales.

El Delta del río Paraná fue considerado inhóspito debido a sus islas anegadas y a las inundaciones periódicas hasta fines del siglo XIX, cuando se convirtió en un lugar atractivo para numerosos inmigrantes europeos. Los “pioneros” se dedicaron junto con sus familias a la producción horti-frutícola en pequeña escala hasta mediados del siglo XX. La crisis de esta actividad llevó a una reconversión hacia la forestación que fue más fácil para los productores con explotaciones más grandes.

La expansión del monocultivo de sauces y álamos significó el auge de las empresas forestales puesto que, además de la radicación de empresas agroindustriales, algunas explotaciones familiares lograron convertirse en empresas ya que cambiaron la modalidad de gestión, se mecanizaron, expandieron la superficie y prestaron especial atención a la sistematización del control de agua en vistas a la creciente presión económica propia de las transformaciones en la producción agropecuaria y a la correspondiente necesidad de optimizar los rendimientos y disminuir los riesgos. Por otra parte, algunos productores “de antes” lograron resistir conformando actualmente el estrato de pequeños productores familiares, a la vez que existe un grupo de productores familiares capitalizados que se encuentran dentro de la actual unidad económica forestal.

⁸ El trabajo de campo fue realizado en conjunto con otros integrantes del equipo de investigación del proyecto UBACyT 2014-2017. 20020130100147BA “Nosotros creamos el Delta. Discursos, prácticas y saberes sobre la relación sociedad/ naturaleza en la disputa por la definición del territorio de la zona núcleo forestal del Delta Inferior del río Paraná”. Por ese motivo, en algunas ocasiones empleo la primera persona del plural.

De manera concomitante a la especialización productiva y a la marcada diferenciación entre los productores forestales, la tecnología de control hídrico y las maquinarias utilizadas durante el proceso de trabajo se fueron perfeccionando. Paralelamente, se transformaron la organización del trabajo y la conformación del mercado laboral. Por un lado, las nuevas formas de organización del trabajo fueron incentivadas por los requerimientos de perfeccionar la calidad de la madera y por las innovaciones tecnológicas. Por otro lado, las características de las personas contratadas y el tipo de arreglos laborales se modificaron en consonancia con las nuevas modalidades de expansión y concentración del capital en el sector agrícola.

La producción forestal en el Delta Inferior del río Paraná tiene una menor demanda en la mano de obra con respecto a la actividad fruti-hortícola que se realizaba antiguamente, y una diferente organización del trabajo, pues incorpora mayor cantidad de mano de obra asalariada. Ante las dificultades de cubrir la demanda con trabajadores locales como se hacía en ocasiones en ciertos momentos de la producción fruti-hortícola, la producción forestal en crecimiento requirió de mano de obra extra-local.

Hacia mediados del siglo XX, en coincidencia con las migraciones internas de la época, se contrataban trabajadores provenientes de Entre Ríos, Corrientes y Misiones para realizar las tareas estacionales, mientras que los integrantes de las familias de los productores se hacían cargo del trabajo permanente. Actualmente, la demanda de trabajadores temporales que antes era satisfecha por esos inmigrantes internos es actualmente suplida por jóvenes de nacionalidad paraguaya que son contratados en distinto tipo de establecimientos, dando lugar a una nueva y más compleja jerarquía laboral atravesada por diferencias basadas en la nacionalidad y condición migratoria.

Estas jerarquías laborales son las siguientes, comenzando por las más bajas. Las tareas estacionales suelen ser realizadas por cuadrillas de paraguayos bajo formas de contratación informales o “de palabra”. Las posiciones laborales permanentes que requieren mayor calificación (por

ejemplo, para el manejo de maquinarias) y en las que los acuerdos salariales son formales están generalmente ocupadas por habitantes de larga trayectoria en la actividad, que pueden ser entrerrianos que migraron hace muchos años o bien habitantes locales. En algunos casos, se contrata formalmente a isleños de menores recursos como caseros y/o encargados en explotaciones en las que no residen sus propietarios. Aquellos empresarios familiares que requieren personal técnico especializado de manera permanente, contratan profesionales o envían a sus hijos a realizar estudios universitarios para luego incorporarlos en la conducción de los establecimientos, lo que permite gestionarlas con una “lógica empresarial”. Las empresas forestales agroindustriales contratan especialistas para desempeñarse como personal gerencial y tienden a contratar servicios terciarizados para las labores productivas.

Con respecto a las condiciones de vida y de trabajo, el grueso de los trabajadores, salvo quienes ocupan puestos gerenciales, residen en las quintas durante el tiempo que desarrollan sus tareas en viviendas provistas por sus empleadores⁹. Por lo general, se trata de varones solos, sobre todo en el caso de los trabajadores estacionales. Aquellos que residen con sus familias tienen la ventaja de que su reproducción social es complementada por el trabajo de sus parejas y, en algunos casos de sus hijos/as, ya sea en el ámbito doméstico o como empleadas en posiciones asignadas por su género (caseras, empleadas de limpieza, por ejemplo).

El mercado laboral segmentado destinado a paraguayos. “*Hay mucho paraguayo acá*”

Durante el trabajo de campo hemos podido apreciar que nuestros interlocutores reivindicaban con orgullo la manera en que sus antepasados

⁹ La calidad de las viviendas varió a lo largo del tiempo, al igual que la provisión de elementos de seguridad e higiene para el trabajo en la forestación, dependiendo de la capitalización de los empleadores y de sus aspiraciones a cumplimentar los requerimientos de los protocolos de Buenas Prácticas Forestales o Silvopastoriles. De todas formas, incluso en los establecimientos que acreditan dichas prácticas, observamos diferencias entre las viviendas según la jerarquía de los trabajadores y su nacionalidad.

“crearon el Delta” (Pizarro, Moreira, et al., 2013), remarcando una y otra vez su ascendencia europea al señalar que eran la tercera, cuarta, quinta o, incluso, sexta “generación”. Por otra parte, muchas veces dijeron que “si no hubiera paraguayos no habría madera”, señalando la importancia de dichos trabajadores para abastecer la demanda de mano de obra para la producción forestal.

“Los paraguayos” eran calificados como los trabajadores más idóneos para realizar las duras tareas que implica el raleo, la cosecha y la plantación de sauces y álamos, en condiciones de vida y de trabajo precarizadas, informales y mal pagadas. De este modo, se legitimaba la conformación de un mercado laboral destinado a inmigrantes recientes, segmentado por la yuxtaposición de desigualdades de nacionalidad y condición migratoria, entre otras.

La creciente demanda de mano de obra no llegaba a ser suplida por los miembros de las unidades productivas familiares. Esto fue contrastado por algunos de nuestros interlocutores con las lógicas locales de la primera mitad de dicho siglo, cuando los miembros de las unidades domésticas daban abasto para realizar las tareas cotidianas y eran ayudados por sus vecinos en los momentos de cosecha horti-frutícola o, eventualmente, por lugareños que eran contratados estacionalmente. Según nos contaron algunos isleños, los inmigrantes que llegaron en las décadas de 1960 y 1970 eran en su mayoría entrerrianos, pero también había correntinos y misioneros. Actualmente, muchos de estos trabajadores forman parte del plantel de las empresas tanto agroindustriales como familiares. Unos pocos inmigrantes internos lograron radicarse en la zona e iniciar sus propios emprendimientos.

Aproximadamente en la década de 1990 comenzaron a llegar otros inmigrantes, los paraguayos. La disponibilidad de trabajadores “indocumentados” de dicha nacionalidad fue uno de los factores que permitió la diferenciación de los productores de la zona. Una de las razones por las que los paraguayos aceptaban condiciones de vida y de trabajo tan precarias se debía a que no tenían la documentación necesaria para que su estancia en Argentina fuera permitida, por lo que eran considerados “ile-

gales” por el sistema jurídico, factibles de ser deportados en virtud de la normativa migratoria que rigió hasta 2004 (Pizarro, 2012a). De este modo, la acumulación de capital era facilitada por la segmentación del mercado laboral debido a las desigualdades originadas por su status migratorio.

Así, numerosos jóvenes varones “paraguayos” comenzaron a ser contratados de manera informal para realizar trabajos precarizados que requieren una considerable resistencia física tales como la plantación, el raleo, la poda y el corte, tareas para las cuales utilizan machetes y/o motosierras. Gracias a la operatoria de redes migratorias, estos jóvenes viajan desde áreas rurales o peri-urbanas de Paraguay y trabajan y viven en las “quintas”, algunos durante los meses de mayor demanda de trabajo y otros durante todo el año, en pocos casos con sus familias. Unos pocos se convirtieron en contratistas, convocando a otros con-nacionales para conformar distintas cuadrillas que ellos regentan en las quintas de la zona.

En los últimos diez años, en virtud de los controles fiscales sobre el trabajo en negro, los empresarios locales y algunos productores familiares capitalizados contratan a los paraguayos cumpliendo con sus obligaciones patronales. Según algunos lugareños, este cambio en las modalidades de contratación de los paraguayos se debería a dos factores: por un lado, a los requerimientos para la certificación de buenas prácticas en la producción forestal y, por el otro, al aumento de los controles e inspecciones estatales sobre las condiciones laborales de los trabajadores y de los aportes fiscales de la patronal.

Más allá de estas distinciones, en los últimos 30 años, la disponibilidad de paraguayos como mano de obra “barata”, “trabajadora”, “sacrificada” y “leal” permitió que se abaraten los costos de producción favoreciendo la capitalización de algunos productores y la posibilidad de permanecer en el sistema productivo de otros. Este proceso da cuenta de la existencia de un mercado de trabajo destinado a inmigrantes, que se caracteriza por la disponibilidad de trabajadores cuya vulnerabilidad se debe, entre otros factores, a su condición de migrantes. Si bien esta vulnerabilidad habría sido revertida con la normativa migratoria de 2004 que garantiza sus derechos sociales aún cuando dicha condición sea irregular,

la posición de desigualdad de los paraguayos continúa hasta la actualidad debido a ciertos estereotipos que legitiman su asignación a las posiciones laborales más precarias en virtud de su nacionalidad y de su origen sociocultural.

“Los paraguayos ¡laburan!, se matan laburando”

Muchos de los isleños justificaron la preferencia por contratar paraguayos a través de mecanismos racializantes de inferiorización (Pizarro, 2012c, 2013; Wieviorka, 2009) que les atribuyen una especial idoneidad para ciertas tareas “duras” y “sacrificadas” debido a la “cultura de trabajo” que supuestamente tendrían por el hecho de provenir de áreas rurales empobrecidas de Paraguay y por tener “sangre guaraní”.

Paradójicamente, algunos lugareños señalaron ciertas similitudes entre la capacidad para el trabajo duro y la vida sacrificada de sus antepasados europeos y la de los trabajadores migrantes contemporáneos, la que les habría permitido apropiarse de un sector del territorio isleño. Muchos lugareños se incluyen en un colectivo de identificación articulado alrededor del origen de sus antepasados, definiéndose como la 4^a, 5^a o 6^a generación de “inmigrantes” y remarcando con orgullo la gesta de los primeros “colonos” que llegaron a la zona, “limpiaron” las tierras anegadizas y “convirtieron al Delta en algo lindo” (Pizarro, Moreira, et al., 2013). Tanto “los viejos” como sus “descendientes” señalan que “el progreso” fue logrado gracias a su “sacrificio”. Estas narrativas también se extienden a los “paraguayos”, valorando su capacidad de trabajo e incluyéndolos en el mismo colectivo de identificación al que adscriben sus patrones en tanto que “inmigrantes”, homogeneizando las diferencias étnico-nacionales. De este modo, se remarca la capacidad de trabajo de “los paraguayos” en base a estereotipos culturales que les son atribuidos en virtud de su nacionalidad, lo que los diferenciaría de los lugareños, o de su condición de inmigrantes, lo que los equipararía con ellos.

Con respecto a su capacidad para el trabajo duro y para la vida austera, algunos productores alabaron a un “contratista paraguayo”¹⁰ y lo calificaron como un muy buen trabajador y como una “excelente persona”. Él llegó hace más de 10 años a la zona para trabajar de manera estacional volviendo periódicamente a Paraguay. Luego de unos años se casó y llevó a su esposa a “la isla”. Fue contratado de manera permanente por un productor quien le dio una casa en donde vive con su esposa e hijos. Además de trabajar en ese establecimiento es “contratista” de otros productores a quienes “lleva” cuadrillas conformadas por familiares, amigos o vecinos paraguayos a quienes llama o va a buscar periódicamente.

Hemos escuchado muchas quejas sobre la “falta mano de obra”, la que es atribuida a que “la gente de acá” (de la isla) no quiere trabajar ya que viven gracias a “los planes sociales” que “les da el gobierno”, a que “los argentinos hacen juicios” cuando los patrones no cumplen con sus derechos laborales y a que han aumentado las “inspecciones” de las “quintas” realizadas por el Estado. En este contexto, los “paraguayos” son alabados por su predisposición para el trabajo aunque, también, vituperados por su presunta peligrosidad ya que algunos lugareños los han definido como “criminales” y “peligrosos”.

El manto de sospecha que cubre a “los paraguayos” se sostiene en argumentos que recrean estereotipos vinculados con distintos discursos hegemónicos que circulan en la escala nacional, tanto con aquellos que estigmatizaron a ciertos inmigrantes como ilegales en la década de 1990 (Belvedere et al., 2007; Halpern, 2009; Pizarro, 2012a, 2012c) como con los que los definen como criminales en la actualidad (Monclús Masó y García, 2012; Pacecca, 2011; Pizarro, 2012a). Sin embargo, los lugareños también recrean ciertos elementos de sentido re-etnicizantes que cobran sentido en el contexto local.

¹⁰ En la actualidad hay varios cuadrilleros paraguayos cuyos servicios son contratados por los productores de la zona, algunos de los cuales tienen “todo en blanco”. También se contratan servicios de personas que tienen maquinarias de alta tecnología. En esta oportunidad no nos detendremos a analizar la operatoria de las redes migratorias ni el rol de los cuadrilleros paraguayos debido a que excede los objetivos de este trabajo.

El Delta del río Paraná fue considerado hasta años recientes como un paraje inhóspito y aislado, en donde solían refugiarse “maleantes” que escapaban de la justicia, entre los que se menciona especialmente a los entrerrianos y se los caracteriza “cuchilleros, borrachos y pendencieros”, muchas veces realizando un paralelo con los paraguayos. Descripciones similares de los “entrerrianos” suelen circular no sólo en “la isla” sino también en otras zonas del Área Metropolitana de Buenos Aires. Sin embargo, en dichas áreas “los paraguayos” no son concebidos como ladrones ni asesinos. La especificidad que asumen los estereotipos criminalizantes de los paraguayos en “la isla” podría deberse al hecho de que en la década de 1990, según los relatos locales, aquellos que eran “ilegales” no iban a trabajar “al pueblo” [expresión que abarca de manera difusa a distintas localidades del Área Metropolitana de Buenos Aires] debido a que era difícil y arriesgado conseguir trabajo “sin documentos”, mientras que en “la isla” no había tantos controles por el hecho de estar “aislada” del “continente”. Por el contrario, según algunos isleños, los paraguayos prefieren ir a trabajar a áreas urbanas en la actualidad, pasando primero por “la isla” o yendo directamente “al pueblo”, debido a que es más fácil “tener documentos”.

Resulta interesante que esta narrativa moral sobre la proclividad de “los paraguayos” a ser delincuentes siga circulando entre los pobladores locales diez años después de que la normativa migratoria argentina dejó de criminalizar a las personas cuya condición migratoria es irregular. Esto pone en evidencia que, a pesar de la letra de la ley, continúan operando mecanismos discriminatorios xenófobos que los estigmatizan como “criminales”¹¹.

¹¹Monclús Masó y García (2012) plantean que, en la década de 1990, el ideario discriminatorio argentino asociaba a ciertos inmigrantes con la delincuencia y que estas construcciones discursivas sumaron su ilegalidad a su ilegitimidad. Señalan que en ese momento se vinculó a dichos inmigrantes con la delincuencia y la inseguridad de manera directa, transformando la cuestión migratoria en una cuestión criminal. Agregan que a pesar de que hubo una merma en estos discursos a principios de este siglo, la extranjerización de la delincuencia ha aparecido reactualizada en los enunciados de algunos funcionarios y medios de comunicación a raíz de la ocupación del Parque Indoamericano en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, tal como también lo señala Halpern (2011).

Sin embargo, la condición de migrantes ilegales y su potencial criminalidad no fue el motivo para que algunos productores tendieran a dejar de contratarlos o comenzaran a hacerlo siguiendo las normativas laborales. Antes bien, aquellos empresarios que lograron expandirse y que actualmente “quieren tener todo en regla” solían contratar de manera informal a numerosos trabajadores paraguayos hasta hace unos años. El cambio de actitud no se debe tanto a su sintonía con el reconocimiento de los derechos humanos de los migrantes ni a su interés por cumplir con las obligaciones de la patronal, sino a la lógica empresarial que actualmente los compele a cumplir con la normativa laboral.

Mujeres y varones migrantes en la horticultura del norte de la Patagonia

Verónica Trpin y Ana Ciarallo

Este trabajo se enmarca en estudios iniciados recientemente en el Valle Medio del río Negro, que tienen como propósito explorar las trayectorias migratorias, laborales y productivas de hombres y mujeres de origen boliviano en la dinámica de la horticultura de pequeña, mediana y gran escala, vinculada a circuitos de comercialización local, regional e internacional.

Se destaca que la horticultura se ha constituido en una actividad productiva caracterizada por el cruce de trayectorias migratorias y laborales, en las que las familias forman parte de redes que sostienen la territorialización en diferentes circuitos productivos. Estos procesos son protagonizados por hombres y mujeres en su mayoría provenientes de Bolivia.

Las familias bolivianas llegan, circulan o se establecen en el valle, luego de haber transitado itinerarios migratorios a lo largo de los cuales van desplegando prácticas y acumulando experiencias en el saber migrar y en el saber hacerse horticultores/as. Como investigadoras, enmarcamos las decisiones y proyectos de partir o de quedarse, desde un análisis situacional dinámico que dé cuenta de las interseccionalidades de diversas identidades y jerarquías relacionadas con los géneros, las generaciones, la etnicidad, la condición migratoria y la clase, en contextos de desigualdad. Desde esta perspectiva, nos proponemos describir y analizar las experiencias laborales de mujeres y varones migrantes en el territorio.

Sostenemos desde miradas de coloniales y feministas, que en los mercados de trabajo y en espacios productivos como la horticultura con presencia de migrantes, se evidencia una división del trabajo en la que el género y las pertenencias étnico-nacionales replican la histórica colonialidad que atraviesa la propia dinámica del capitalismo. En este sentido recuperamos los aportes de Florya Anthias quien desde los conceptos de interseccionalidad y de translocalización contribuye a visualizar la convergencia entre distintas formas de opresión, poniendo la atención en cómo las experiencias de clase delimitan aprendizajes y sentidos de circulación en diferentes producciones en un territorio que se va delineando desde la acción de los sujetos.

El Valle Medio del río Negro y la producción hortícola

El área en el que centramos el estudio se denomina Valle Medio del río Negro, y está localizada en la cuenca media de dicho río, en el departamento Avellaneda, provincia de Río Negro. La región abarca aproximadamente unos 2000 kilómetros cuadrados con dos subsectores de características productivas bien diferentes. Uno de ellos, el área irrigada, se desarrolla sobre la margen izquierda del río Negro; representa una unidad socioeconómica en la cual se ha desarrollado una intensa actividad agrícola bajo riego. El otro sector corresponde a un área de secano destinada a la cría de ganado vacuno y lanar.

La diversidad que presenta el Valle Medio no se circunscribe a aspectos productivos sino también poblacionales, considerando que dada la circulación de hombres y mujeres de origen boliviano y del noroeste de la Argentina, se constituye en un espacio de exploración privilegiado para analizar las trayectorias migratorias y laborales de familias que en algún período de sus vidas han transitado por alguna de las experiencias productivas vinculadas con la horticultura.

Según datos de los censos nacionales, la provincia de Río Negro ha experimentado en el período intercensal 2001- 2010 un aumento del

número de población extranjera nacida en Bolivia¹², sin embargo, la distribución espacial de esta población no es homogénea ya que más del 75% se localiza en sólo 3 departamentos (Brouchoud, 2013). Se observa que los departamentos General Roca, Avellaneda y Adolfo Alsina concentran a más de tres cuartas partes de la población boliviana que vive en Río Negro, siendo el primero el más representativo con un 45, 89%. Los tres departamentos con mayor porcentaje de población de origen boliviano coincide con los tres valles irrigados del río Negro, lo cual señala la relación entre la expansión hortícola en esos espacios y la presencia de migrantes bolivianos.

La horticultura de la provincia de Río Negro se encuentra diferenciada por diversos niveles de desarrollo y de especialización. Por un lado, se distingue una producción especializada, concentrada en las zonas del Valle Medio y Valle Inferior del río Negro, y con menor incidencia en algunas áreas hortícolas de los valles de Conesa, Río Colorado y en segmentos del Alto Valle del río Negro. Los principales cultivos -en cuanto a superficie y volumen de producción- son aquellos destinados a la exportación tales como la cebolla y el zapallo, o los relacionados con la industria procesadora: tomate y papa. Por otro lado, existe un conjunto de producciones diversificadas para el consumo en fresco y destinada al mercado local y regional que se distribuye en todos los valles mencionados.

Cabe remarcar que el 51% de los productores y las productoras hortícolas del Valle Medio cultivan en superficies de hasta 5 hectáreas, que representa solo el 9% de la superficie hortícola. Las observaciones de campo permitieron constatar que estos/as pequeños/as horticultores/as combinan la producción de verdura en fresco con el cultivo de cebolla para ser entregada a los agentes acopiadores -quienes comercializan en el mercado nacional e internacional- y de tomate para la agroindustria.

¹² “Dentro del grupo de migrantes provenientes de América, los bolivianos ocupan el segundo lugar luego de los chilenos. Con respecto al censo de 2001, se observa un importante aumento de la población oriunda de Bolivia, la cual casi se duplica (pasando de 2099 a 4068 personas). Este aumento se observa de forma homogénea tanto en hombres como mujeres: los hombres pasan de ser 1204 a 2239 y las mujeres de 895 a 1829” (Brouchoud, 2013: 3).

Este dinamismo de la horticultura implica que la producción demande una importante cantidad de mano de obra para atender las tareas básicas del circuito como lo son el cultivo, la siembra, los cuidados culturales y la cosecha, que si bien se ha mecanizado, la mayoría de los productores mantienen la cosecha manual. En los últimos treinta años, de forma similar a lo que sucede en otros cinturones verdes del país, los sistemas hortícolas en el Valle Medio son gestionados en su mayoría por familias de nacionalidad boliviana y del noroeste de la Argentina. Durante distintos momentos de sus trayectorias los productores bolivianos han experimentado la vinculación con alguna de estas producciones.

El trabajo en terreno permitió observar que en los casos en que en una misma unidad productiva se combina el cultivo en escala y la producción de verduras en fresco, se evidencia una diferenciación sexual del trabajo y de la responsabilidad sobre cada tipo de cultivo. La descripción de un caso permitirá reflejar dicha tendencia.

Lisandro y Mica

La trayectoria de Lisandro y Mica como horticultores en el Valle Medio se inicia hace 20 años cuando deciden viajar desde Sucre a la Argentina con 17 años, siendo su primer destino Mendoza para la cosecha de ajo. Un pariente los llevaba a los campos mendocinos, pero siempre *“nos hablaba de Valle Medio y nos vinimos para acá”* dos años más tarde, señala Lisandro. De Mendoza recuerda las condiciones precarias en las que trabajaban en cuadrillas, llegando a vivir *“en casitas de nylon”*.

Como a muchos de sus connacionales, un pariente le consiguió trabajo en la cosecha de tomate, luego con un patrón producía a porcentaje: *“me quedaba el 40%, pero hacía todo el trabajo del producto y él me daba los plantines”*. Poder alquilar tierra por su cuenta, es parte del relato de su transformación en productor a pesar de que *“hay años buenos y malos, uno se arriesga, el primer año planté 8 hectáreas de cebolla y quedamos en 0, cambiábamos trabajo por herramientas”*. Cuando conocimos a la pareja en febrero de 2015, Lisandro estaba en una chacra controlando la cosecha de tomate en tierras que alquila, producción

destinada a una planta local de disecado. Esta producción es resuelta en 10 hectáreas, que combina con 9 hectáreas de zapallo y 4 dedicadas a cebolla. En dicha temporada Lisandro manejaba 3 contratos de alquiler de tierras que sumaban un total 50 hectáreas. En cercanía a la casa en la que residen en uno de los predios, Mica, se dedica a la producción de verduras en fresco en una superficie de media hectárea: *“allí tiene sus cositas, sus florcitas”* habría señalado Lisandro, sin embargo, Mica se ocupa de la producción de verduras en fresco y también participa de la cosecha de tomate junto a cuatro trabajadores provenientes de Sucre y una mujer de la localidad de Lamarque. Con *“sus cositas”*, todos los sábados Mica participa de la feria local de venta directa de verduras que organiza el municipio de Lamarque. Desde la mañana temprano acomoda las verduras y se ubica junto a otras mujeres bajo los toldos azules provistos por el municipio. Mica asiste periódicamente a las capacitaciones y reuniones en el municipio, especialmente las destinadas a fijar los precios de venta en la feria y las negociaciones por compromisos de producción para la distribución regional de verduras que controla un organismo municipal. Por su parte Lisandro participa de la Asociación de Horticultores de Valle Medio, entidad recientemente organizada con el fin de acceder a programas de Agricultura Familiar de entidades nacionales y provinciales y proteger los *“intereses de los productores ante las tomateras”*.

Como el caso de Lisandro y Mica hemos podido registrar que varias familias bolivianas asentadas en el Valle Medio despliegan una estrategia de diversificación productiva dentro de la horticultura, que conlleva una división sexual del trabajo en el predio. En la medida que logran arrendar suficiente tierra –en una o más chacras– ingresan a la agricultura de contrato con las empresas de procesamiento de tomate, plantan cebolla para vender a los acopiadores y también se vinculan con una empresa semillera de la localidad de Choele Choele, que hace semillas hortícolas para la exportación.

El hombre es quien busca la tierra, firma los contratos y produce para las empresas en una combinación de cultivos que incluye: tomate para las trituradoras y también para deshidratado, producción de semillas

para exportar, así como zapallo y cebolla. Estos dos últimos cultivos son producidos de manera autónoma y tienen la ventaja de requerir poca inversión en agroquímicos y mano de obra a lo largo del proceso productivo debido a las favorables condiciones agroecológicas de la zona. Además, por no ser productos tan perecederos como el tomate y otras verduras, los productores pueden “defender el precio”, y dentro de ciertos límites, postergar el momento de la venta, “*es como el chanchito de ahorro*”, nos comenta un técnico del Programa Prohuerta. El productor varón es quien controla el acceso a la tierra, la relación con agentes privados (acopiadores, agroindustrias, semilleras) y los mayores volúmenes de dinero que garanticen la reinversión cada temporada en nuevos cultivos.

Todas estas producciones requieren una preparación muy cuidadosa del suelo que incluye nivelación precisa para el riego, uso de tractor para aplicar fertilizantes y agroquímicos, así como también son recorridas y supervisadas por los técnicos de las empresas tomateras y semilleras. En algunos casos hemos detectado productores que en una superficie arrendada de 30 hectáreas despliegan toda la variedad de estrategias enunciadas, lo cual requiere tratar con varios “patrones”, conocer las características de diversos cultivos y manejar mano de obra en forma escalonada.

Las complejas prácticas de estas familias migrantes reconstruyen de manera continua las herencias y crean novedad (Le Gall, 2013) quizás influenciados por su condición migrante. Así, en los territorios hortícolas que van construyendo, los migrantes aportan sus prácticas, sus competencias y reciben las de la sociedad receptora. Aun los que hacen cultivos intensivos para la industria, en “*una esquinita hacen la huerta*”. Las mujeres son quienes se dedican a dicha actividad, a veces acompañadas por sus hijos e hijas. También son las mujeres las que se vinculan con los programas de asistencia y organización que les permiten comercializar sus productos en las ferias de la región. Aunque las mujeres son las protagonistas de la producción y comercialización de las verduras para la venta en el mercado interno, hemos observado cómo sus esposos las ayudan a cargar los cajones en las camionetas –que en general son conducidas por los hombres- las trasladan hasta los lugares de las ferias, les ayudan a acondicionar los puestos de venta y luego las van a buscar cuando finaliza

el horario de atención. Ante las investigadoras los hombres descalifican el valor de la huerta: “tiene sus florcitas” y el trabajo de las mujeres, por considerarla una actividad menor y que no garantiza la reinversión en la producción a escala ni el alquiler de la tierra.

En entrevistas con las mujeres bolivianas, se destacan los ingresos provenientes de esta actividad para el mantenimiento diario del hogar y para la compra de equipamiento y ropa para los hijos y las hijas, gastos no contemplados con la producción controlada por los varones. Lourdes, una productora de Tarija señala *“mi esposo trabaja con la semillera, este año anda más o menos. Ellos cosechan el 70% pero enseguida mueven la tierra. Hay gente que dice “cómo podés estar todo el día acá?”. A veces a la 1 de la madrugada con la linterna, porque el zapallo se riega de noche. Yo no sé si lo voy a dejar a esto, a veces estoy sola acá”* (Registro de marzo de 2014).

En nuestras investigaciones se refleja la jerarquización de los espacios productivos y el control delimitado de cada uno de ellos, por parte de los varones y mujeres productoras. Cabe destacar que la relación que establecen las mujeres con el Estado permitió consolidar su dominancia en las ferias en las que venden sus productos cultivados, significando el acceso a la circulación por espacios públicos y a capacitaciones, la relación con otras productoras y centralmente, el manejo de dinero. El control del cultivo y la venta de las verduras en fresco, aunque desvalorizado, consolida espacios de mujeres y su identidad como productoras hortícolas. Saskia Sassen (2003) utiliza el término “presencia” para hacer referencia a estas prácticas en el terreno público que dotan de reconocimiento y legitimidad a sujetas tradicionalmente desconsideradas en estas esferas, y que conllevan una translación hacia la actualización cotidiana de ciudadanía.

Tal como fuera señalado, la horticultura en Valle Medio presenta una complejidad de la que participan familias de origen migrante en relación a diferentes circuitos productivos. En los últimos años, la posibilidad de participar en ferias, intercambiar semillas y ser asesorados por agentes del INTA o de los municipios, da cuenta de la presencia y de

la relación de organismos y entidades del Estado con las mujeres productoras.

Estas iniciativas abren el fortalecimiento de prácticas colectivas como la creación de una Asociación de Horticultores, que expresa una estrategia innovadora que aglutina a sujetos dispersos y da cuenta de experiencias y demandas comunes. El limitado acceso al crédito, desfavorables negociaciones en la entrega de tomate a las procesadoras y la necesidad de contar con alternativas de comercialización que habiliten mercados más amplios y distantes constituyen las principales problemáticas que deben afrontar. La Secretaría de Producción del municipio de Choele Choel es el área que funciona de intermediaria entre la Asociación y el financiamiento de proyectos desde el PRODERPA¹³, a través del cual se compró un camión con refrigeración para transportar verduras por la Patagonia, se gestionan fondos rotatorios para diversificar e instalar invernáculos y se proyecta un centro de acopio de hortalizas desde la Dirección Nacional de Desarrollo Territorial Rural y la Secretaría de Desarrollo Rural y Agricultura Familiar de la Nación. A través de la Secretaría de Producción de la Provincia de Río Negro se compró un tractor para los productores que deben alquilar maquinaria. Según el Secretario de Producción de dicho municipio “es un gusto trabajar con los bolivianos, porque no le tienen miedo a la pala, el que labra la tierra hoy es el productor boliviano” (Darío, 2013) (Trpin y Abarzúa, 2014). En este marco también se le ofrece a la Asociación la distribución de semillas y herramientas. De este modo, los y las horticultores/as se transforman en actores políticos con representatividad ante el Estado, desde el cual canalizan demandas y problemáticas comunes.

¹³ Proyecto de Desarrollo Rural de la Patagonia, Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación.

Inserción de horticultores bolivianos en Río Cuarto. Procesos de inmigración, empleo y asentamiento

Roberto Benencia

La actividad hortícola en el cinturón verde de la ciudad de Río Cuarto (provincia de Córdoba) ha experimentado importantes transformaciones en los últimos años, impulsadas por la llegada de los primeros migrantes de nacionalidad boliviana al sector a principios de la década de los '90. De igual modo, como ocurrió en otros cinturones hortícolas del país, el productor boliviano introdujo un modelo productivo basado en la utilización de semillas de elevado potencial genético, expansión de la producción en invernadero, modificaciones en la organización del trabajo y cambios en la tecnología de sistemas de riego, que había aprendido en otras áreas hortícolas de la Argentina; esto derivó en la consolidación de un importante núcleo de producción diversificada de hortalizas, tanto en cantidad como en calidad, para la ciudad de Río Cuarto y una amplia zona de influencia.

A partir de ello, la ciudad comenzó a atraer a otros trabajadores bolivianos, en particular, mano de obra para la producción de ladrillos, que pudieron satisfacer la demanda emergente de materiales básicos para la construcción, en virtud del crecimiento inmobiliario de la ciudad, como consecuencia de las inversiones derivadas de la soja y el maní, dos cultivos extensivos muy importantes en el agro riocuartense.

En este artículo vamos a hacer referencia, en particular, a la inserción de los migrantes bolivianos en la producción hortícola del departa-

mento y, paralelamente, al éxito consecuente obtenido por dichos actores sociales a partir de su involucramiento en esta actividad.

La horticultura riocuartense en el contexto histórico

La producción hortícola en la ciudad de Río Cuarto se origina hacia comienzos del siglo XX, principalmente con la llegada de inmigrantes italianos, españoles y, en menor medida, franceses y árabes. Durante las primeras décadas del siglo pasado se desarrollaban cultivos como frutilla, batata y espárrago con excelentes rendimientos. A partir de 1930 comienza a expandirse el cultivo de papa, y así surgen establecimientos hortícolas empresariales con producción especializada que llegan a ocupar una superficie de 11.000 ha durante la década del '60.

A partir de 1967, con la creación del Mercado de Abasto de Río Cuarto (MARC), los productores hortícolas incorporan en sus establecimientos una amplia variedad de cultivos, diversificando la producción en la zona. En 1975 los cultivos con mayor importancia económica eran lechuga, batata, papa, repollo y zapallito de tronco, manifestándose una importante reducción de la superficie cultivada con espárrago, al tiempo que comenzaban a disminuir la rentabilidad de la papa y del ajo, principalmente por problemas sanitarios y de mercado.

En el período 1980-1984, el área hortícola de Río Cuarto abarcaba unas 440 ha, con predominio de cultivos como acelga, lechuga, batata, maíz para choclo, zapallito y remolacha. Los últimos estudios, realizados a inicios de la década del '90, marcaron un crecimiento de la superficie hasta alcanzar unas 540 ha con 25 especies hortícolas en cultivo, siendo las de mayor importancia las hortalizas de hoja.

Hasta inicio de dicha década, los productores hortícolas eran argentinos, criollos o descendientes de italianos, y buena parte de la verdura para la ensalada (básicamente, tomate y pimiento) se importaba de otras regiones de la Argentina.

Los migrantes bolivianos que recalaron en Río Cuarto

Alrededor de la década del '90 comenzaron a arribar a Río Cuarto migrantes bolivianos que se dedicaron a la producción de hortalizas; dando inicio a la creación de un “nuevo territorio hortícola” en el país, conformado básicamente por productores de dicha nacionalidad.

Estos inmigrantes no arribaban directamente desde Bolivia a este departamento del sur de Córdoba, sino que desde hace varias décadas venían migrando periódicamente hacia la Argentina, para regresar hacia su propio país y reanudar el ciclo nuevamente; en un inicio, para trabajar como cosecheros del algodón, del tabaco, de la caña de azúcar en territorios contiguos a su país, o como peones en la construcción, los hombres, y en el servicio doméstico, las mujeres, en áreas urbanas; hasta que, en determinado momento, descubren la demanda de mano de obra en la horticultura periurbana de la Argentina, y comienzan a dirigirse hacia dichos lugares: Buenos Aires, Mar del Plata, Mendoza, Salta, Tucumán, donde son requeridos inicialmente en carácter de trabajadores o medianeros, y con el tiempo se fueron transformando en productores especializados en esta actividad.

Como hemos podido apreciar a través de diversos testimonios, la década del '90 en la Argentina, y en particular la política económica del “1 a 1” (un peso argentino=un dólar estadounidense), implementada por el ministro de Economía Domingo Cavallo, durante el gobierno de Carlos Menem, se convirtió en un llamado importante para la inmigración latinoamericana hacia el mercado de trabajo local. En el caso particular de los bolivianos, la implementación de esta política económica permitió el hallazgo de un mercado de trabajo donde ellos podían hacerse cargo de labores que los argentinos estaban abandonando, como era el caso de la horticultura en fresco que se desarrolla en áreas periurbanas de la Argentina, fenómeno del que nos ocupamos en este trabajo.

Situación actual en Río Cuarto: el rol del boliviano en la producción de hortalizas

Aproximadamente 25 años después de la llegada del primer traba-

jador boliviano al área, en la actualidad puede apreciarse que la actividad hortícola del cinturón verde de Río Cuarto está conformada por 33 establecimientos dedicados a la producción exclusiva de hortalizas, correspondiendo 18 de ellos a productores de origen local (55%), y 15 a productores bolivianos (45%). La superficie total que ocupan hoy las quintas hortícolas es de 511 ha, con una superficie efectiva destinada a la producción de hortalizas, tanto a campo como en invernadero, de 378 ha.

Las causas de este fenómeno ocurrieron, por un lado, como consecuencia de cambios en las actividades impulsadas principalmente por las generaciones actuales de los productores nacionales, que han decidido incursionar en otros rubros de producción, como cultivos de soja, maíz y alfalfa para corte, así como también orientar su vida laboral hacia otros sectores económicos ajenos a la producción, y por otro lado, a la imposibilidad de utilizar agua para riego proveniente de las acequias de la zona debido a una importante disminución de la altura del río Cuarto en ese sector.

En la actualidad, los productores bolivianos poseen unas 98 ha en propiedad, y arriendan un total de 178 ha, a diferencia de los productores locales, que son propietarios de 201 ha y sólo alquilan 34 ha. Estos resultan de la racionalidad empresarial del productor; quienes son arrendatarios, como muchos de los productores bolivianos, no cultivan especies hortícolas de ciclo muy largo, ya que mensualmente deben cubrir los costos del arrendamiento y, por ende, prefieren cultivar especies más precoces, que brindan un retorno más rápido del capital invertido.

La mano de obra presente en el sector involucra a un total de 185 trabajadores, siendo el 83% de origen boliviano y sólo el 17%, de origen nacional; estos valores incluyen a los propios productores, ya que debido a las características de intensividad de los cultivos, también trabajan en su propio establecimiento. Los productores bolivianos emplean un 99% de mano de obra boliviana (113 trabajadores) y sólo un 1% de mano de obra nacional (1 trabajador). En cambio, en los establecimientos de productores locales el 58% de la mano de obra es de origen boliviano (41 trabajadores) y el 42% de origen nacional (30 trabajadores). Esto demues-

tra claramente la importancia de la mano de obra boliviana en el total de la producción de hortalizas en el cinturón hortícola de la ciudad.

¿La situación descrita nos permite hablar de economías étnicamente controladas?

¿Cómo se catalogan conceptualmente estos procesos migratorio-laborales donde se produce una concentración de inmigrantes de una misma nacionalidad en algún aspecto de la economía del país receptor? ¿Y en la que tanto los patrones como los empleados pertenecen a la misma nacionalidad migrante?

La literatura especializada en los aspectos de la economía relacionados con la migración que se ha ocupado de este tipo de inserción de los inmigrantes en el país de destino denomina estos fenómenos socioeconómicos con el concepto de economías o negocios étnicos. En este sentido nos preguntamos si podemos hablar de negocios étnicos en el caso particular de la horticultura en fresco en la Argentina.

Según Arjona y Checa Olmos (2005), la consideración de las actividades empresariales regentadas por extranjeros como economías étnicas está estrechamente relacionada con una serie de variables que subyacen a la situación: concentración espacial y étnica; tipo de negocios; número de empleados y nacionalidad; clientela; recursos utilizados; etc. Es decir, variables que presentan connotaciones sociológicas y antropológicas que deben ser abordadas, puesto que derivan en conceptos -economía étnica, economía de enclave, economía de propiedad étnica y economía de control étnico (Arjona, 2004)- con particularidades diferentes.

Economía étnica, enclave étnico

Según los autores mencionados, la economía étnica incluye a cualquier persona inmigrante que sea empleador, autoempleado o que esté empleado en empresas coétnicas. “El contorno de una economía étnica está definido por raza, etnicidad u origen nacional, caracterizándose por alcanzar ventajas en las relaciones entre propietarios de negocios y entre

propietarios y trabajadores del mismo origen nacional” (Logan, Alba y Mc Nulty, 1994). A lo que otros investigadores del campo de los emprendedores étnicos han sumado la función de “escuela de emprendedores” (Light et al., 1994), ya que facilita la formación para el autoempleo.

El concepto de enclave étnico, a diferencia del de economía étnica, introduce una referencia explícita a la dimensión espacial (Portes y Wilson, 1980), pues el espacio no actúa únicamente como un contenedor material de la población, sino también de relaciones sociales. De este modo, los enclaves requieren de una gran densidad de población inmigrante, para asegurarse una extensa clientela a partir de las relaciones sociales y de la solidaridad étnica. A su vez, en el enclave se cuenta con fuerza de trabajo coétnica a disposición del empresario, configurando, al mismo tiempo, un espacio de socialización y de autoayuda.

No obstante, según Portes y Jensen (1989), en la configuración de los enclaves se encuentra gran diversidad de situaciones: 1) aquellos que viven y trabajan en el área del enclave; 2) quienes trabajan en esta área, pero viven fuera; 3) quienes viven en el área del enclave, pero trabajan fuera de él; 4) aquellos miembros del grupo étnico que ni viven ni trabajan en el área del enclave.

El *contexto de recepción*, estrechamente relacionado con la segmentación, es otro elemento clave a la hora de entender la incorporación laboral de los inmigrantes. Gran parte de las estrategias que ponen en marcha los inmigrados para su inserción laboral dependen, en muchas ocasiones, de factores contextuales y estructurales y, en otras, de factores individuales -capital humano y social-.

En los trabajos de Portes y sus colaboradores se destaca la idea de que el capital humano del inmigrado está a expensas de los factores contextuales, los cuales están totalmente controlados por determinados agentes sociales y económicos. Entre ellos hay que resaltar: las condiciones de salida del país de origen, la política internacional de flujos, los contextos de recepción, la trayectoria de los primeros llegados o los tipos de comunidades que ya se han creado en destino (Portes y Rumbaut, 2010). La idea central de este modelo afirma que “un particular contexto de sa-

lida y recepción puede tener un desarrollo social distinto y unas condiciones culturales para los miembros de un origen nacional distinto” (Zhou, 2004).

Así, y como se esquematiza en el siguiente cuadro, la inserción laboral de los inmigrados, en función del contexto de acogida, puede ser, en primer lugar, hostil, cuando se produce un acceso al mercado en el segmento secundario y los empresarios étnicos se convierten en *minorías intermedias*¹⁴; en segundo lugar, neutral, los inmigrantes se insertan en ambos segmentos de los mercados, y los autónomos pueden crear empresas dominantes en algunos sectores; en último lugar, favorable, cuando se accede a empresas y los emprendedores pueden formar economías de enclave.

Contextos de recepción e incorporación laboral del inmigrado

	Trabajo manual	Profesionales Técnicos	Empresarios
Hostil	Acceso al mercado secundario	Proveedores de servicios marginales	Minorías intermedias
Neutra	Participación en el mercado laboral mixto	Acceso al mercado primario	Pequeña empresa dominante
Favorable	Posibilidades de acceso a la pequeña empresa	Posibilidades de acceso a puestos de liderazgo profesional y social	Economías de enclave

Fuente: Portes y Böröcz (1989)

¹⁴ El término minoría implica subordinación y estar en menor número –si bien en algunas ocasiones, y durante ciertos períodos, la minoría podría constituir una mayoría numérica-. Por su parte, el término intermedio es más complejo, ya que se coloca en una situación paradójica, pues, de un lado, aparece mezclado junto al éxito económico frente y, de otro, muestra su escaso poder político (véase Bonacich, 1973).

Portes y Böröcz (1989) aseguran que lo común, en la mayoría de los contextos, es que el inmigrado se encuentre con una acogida hostil extendida tanto a los trabajadores manuales como a los profesionales técnicos y a los empresarios.¹⁵ Esto se manifiesta cuando las estructuras de oportunidad (Waldinger, et al; 1990) de la inserción laboral de los inmigrantes están definidas por los agentes sociales y económicos del contexto y no tanto por el capital humano de los trabajadores.

¿Qué pasa en la horticultura de Río Cuarto con los horticultores bolivianos?

En el caso de Río Cuarto, entonces, de acuerdo con la clasificación elaborada por los distintos autores, nos estaríamos refiriendo, por un lado, al primer caso mencionado, es decir a economías de enclave étnico, ya que tanto los patrones bolivianos como los trabajadores bolivianos viven en el área de las quintas donde desarrollan la actividad, y por otro, en el caso de los trabajadores, a una situación de neutral a favorable, en la medida que luego de trabajar algunos años para un patrón, los empleados migrantes tienen posibilidad de acceder a ser dueños de una pequeña empresa (quinta hortícola).

Si pasamos a desarrollar sus particularidades, observaremos que los puestos de trabajo que ocupan los inmigrantes en Río Cuarto son específicos, casi todos se centran en la agricultura y la producción de ladrillos, y en menor porcentaje, en la construcción. Veamos esquemáticamente las características de estos mercados tomadores de trabajo.

En el sector agrario periurbano, dominado por la producción hortícola en fresco, los inmigrantes bolivianos irrumpen con fuerza a mediados de la década de los noventa del siglo pasado. Su incorporación se produce por varios motivos. Primero, por el aumento de la demanda de productos que componen la comida rápida (básicamente, verduras de hoja

¹⁵ En un contexto hostil, los empresarios derivan hacia las minorías intermediarias: “Cuando los grupos dominantes de la sociedad receptora tienen una opinión negativa sobre la llegada de actividades de estos inmigrantes, a menudo se ven reducidos al papel de comerciantes marginales” (Portes y Böröcz, 1989).

y tomate). Segundo, gracias al progreso técnico y científico, que ha posibilitado una mayor producción en una misma temporada (al haberse incorporado el invernáculo, las semillas híbridas y el riego por aspersión), y, por último, por el abandono de las tareas hortícolas por parte de algunos miembros del grupo doméstico tradicional, en particular, los hijos de los horticultores tradicionales. La mano de obra local se ha ido insertando fundamentalmente en el sector servicios. De esta manera, se ha generado un trasvase de mano de obra autóctona de unos puestos a otros en función de los niveles de aceptabilidad, deseabilidad y formación de los individuos.

Una de las características del mercado de trabajo hortícola y que genera poca deseabilidad y aceptabilidad entre los autóctonos es su flexibilidad, y las exigencias horarias (el trabajo en la quinta no tiene horario definido; es una actividad muy ardua y esforzada, tanto en épocas de siembra como de cosecha; en particular, cuando hay que administrar varios cultivos simultáneos por temporada) y de días por semana (por ejemplo, hay que trabajar parte del sábado y del domingo para llevar verdura fresca al mercado el lunes).

La demanda de mano de obra en este mercado es fluctuante, hay momentos donde se necesita mucha –siembra y cosecha- frente a otros que no precisan tanta -cuidado y regado. Por tanto, su reclutamiento se encuentra sujeto a diversas coyunturas: variaciones en las demandas y necesidades del mercado o la necesidad puntual de los agricultores frente a un incremento del ritmo de la recolección. Esto desemboca, en cierta forma, en una situación conformada por menos trabajadores que los necesarios en cada momento, pero de presencia permanente, que en determinados momentos deben esforzarse en trabajar y en otros pueden realizar su tarea “normalmente”, que soluciona renegando del salario y proponiendo trabajar como mediero o medianero, aportando mano de obra de su propia familia.

Como consecuencia de lo anterior, el mercado de trabajo hortícola se sustenta de mano de obra en negro, con anomalías en la remuneración. La estacionalidad de las necesidades de mano de obra lleva al agricultor

a no querer dar de alta y regularizar a sus trabajadores, primero, por tener que pagar lo establecido en convenio y, segundo, porque en cierto modo esto obliga a garantizarle una continuidad en el trabajo. Por tanto, si el inmigrante tiene la posibilidad, en el mejor de los casos, de trabajar como mediero, aportando él la mano de obra que se necesite, en parte puede compensar el esfuerzo, porque estaría ganando a porcentaje con mano de obra de su propia familia.

Otra característica de este mercado laboral son sus malas condiciones de trabajo y el alto riesgo de contraer enfermedades. Con referencia a lo primero, dentro del invernáculo se llegan a alcanzar los 50 grados de temperatura y las tareas son siempre duras, ya que requieren de un constante esfuerzo físico. Además, se trata de una labor sometida al contacto con productos fitosanitarios de manipulación peligrosa sin las medidas de protección necesarias. Esto nos lleva a lo segundo: la aparición de enfermedades dermatológicas e infecciosas. Igualmente, fruto de las labores agrícolas, son muy frecuentes las lesiones musculares y las hernias discales.

Por todo ello, el trabajo en horticultura está muy denostado entre la población activa nacional. En definitiva, podemos decir que el mercado de trabajo hortícola se caracteriza en la Argentina y en Río Cuarto, en particular, por su etnificación, flexibilidad y eventualidad en las contrataciones, así como por la precariedad laboral. No obstante lo cual, ese trabajador, que a menudo suple con miembros de su propia familia la realización de las actividades de los trabajadores que hipotéticamente se necesitarían, acepta dichas condiciones para poder aprender una tarea que más tarde lo ayudará a independizarse y poder tener acceso a su propio establecimiento.

Hacia un análisis interseccional de las trayectorias laborales de cuidados de mujeres migrantes en Argentina: jerarquizaciones, desigualdades y movilidades

Ana Inés Mallimaci Barral y María José Magliano

Este documento, de carácter preliminar y exploratorio, pretende indagar acerca de algunas de las jerarquías étnicas y de clase presentes en los trabajos de cuidado de mujeres migrantes en ámbitos urbanos de Argentina. Para ello, retoma una noción amplia de cuidado que involucre desde las actividades de crianza, enseñanza y las ocupaciones de la salud hasta aquellas de limpieza, lavado y planchado, cocina, y todas las relacionadas con el sostén cotidiano de la vida humana en diferentes ámbitos (Duffy, 2005; Hirata y Molinier, 2012). Según el planteo de Duffy (2005), estas últimas tareas suelen ser menos legítimas y realizadas en peores condiciones laborales lo que repercute en el salario y el tipo de relación laboral establecida. Es justamente en estos empleos, los cuales forman parte del “cuarto trasero” de las labores reproductivas, que las mujeres migrantes se encuentran sobrerrepresentadas. Asimismo, la heterogeneidad de las ocupaciones definidas como de “cuidado” permitiría plantear el análisis de las circulaciones, entradas y salidas en esta área del mercado de trabajo. En este sentido, nos interesa identificar los procesos de legitimación y las condiciones de trabajo presentes en el universo de las tareas de cuidado bajo el supuesto que la jerarquización que expresa esa heterogeneidad se sostiene en la segmentación étnico-nacional y de

clase del “mercado del cuidado” en Argentina.¹⁶

Nuestro argumento parte de concebir a las tareas de cuidado como un conjunto de actividades heterogéneas y jerárquicas dentro de las cuales, la enfermería –en tanto parte de la esfera “pública de cuidados” y ocupación profesionalizada (Duffy, 2005)– ocupa un lugar de privilegio en relación con otras tareas vinculadas a la reproducción de la vida cotidiana y de la clase trabajadora (en cuanto a sus condiciones de trabajo, su valoración social, etc.) como el caso del empleo doméstico. En el desarrollo de nuestra investigación, nos interesa vincular las trayectorias en el empleo doméstico y en la enfermería de muchas mujeres migrantes o de origen migrante en pos de analizar posibles jerarquizaciones, pasajes y carreras dentro de la categoría “trabajos de cuidado”. La enfermería es configurada como una de las tareas “privilegiadas” si se la comprende en relación con las tareas remuneradas relacionadas con la reproducción social, como el empleo doméstico. De esta manera, teniendo en cuenta saberes previos, trayectorias, posiciones sociales y culturales, quienes ejercen la enfermería podrían sentir su tarea como expresión de una movilidad social ascendente.

Si bien nuestro trabajo fue iniciado sobre migrantes internacionales, en particular de la región sudamericana, el análisis del empleo doméstico y la enfermería revela la importancia de la presencia de mujeres migrantes internas entre las trabajadoras. Reconociendo que las lógicas del campo de los estudios migratorios suele imponer reflexiones que giran alrededor de categorías nacionales (estudios sobre “bolivianos”, “paraguayos”, “peruanos”, “italianos”, etc.), el análisis de ciertos procesos sociales territorializados, como es el caso de nuestro estudio, visibiliza las fuertes articulaciones entre las vivencias de migrantes internas e internacionales regionales. Las experiencias de clase, movilidad y, en algunos casos, étnicas y de racialización (como sucede entre las poblaciones fron-

¹⁶ Si bien desde el feminismo se ha enfatizado la centralidad de las tareas reproductivas no remuneradas en la producción de “valor” y en la sostenibilidad del trabajo productivo y de la sociedad en su conjunto; en esta investigación nos concentraremos en aquellas actividades remuneradas que forman parte del universo del cuidado.

terizas) y la duración de la permanencia explican en parte estas similitudes. De acuerdo a ello, la investigación que proponemos tiene entre sus objetivos indagar, por un lado, en la especificidad migratoria y el peso de la extranjería pero por el otro ampliar la categoría “migrante” de tal manera que sea posible incluir, definir y analizar la convergencia de mujeres migrantes internas y externas.

El empleo doméstico remunerado como inserción posible de las trabajadoras migrantes

El empleo doméstico ha sido una inserción tradicional para las mujeres migrantes en Argentina –internas y externas, estas últimas provenientes de los países de la región sudamericana principalmente– desde el siglo XX hasta la actualidad (Jelin, 1976; Maguid, 2011). Para gran parte de las mujeres que llegaron desde estos países, esta actividad ha funcionado como primera –y muchas veces única– inserción laboral en el mercado de trabajo en el país. De acuerdo a datos estadísticos, casi la mitad de las mujeres migrantes sudamericanas en Argentina se desempeña en el empleo doméstico (Maguid, 2011: 127). Groissman y Confianza (2013) en un estudio reciente focalizado en la ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense, muestran que el 20 por ciento de las mujeres que se desempeñan como empleadas domésticas han nacido en el extranjero. Más importante aún, esta ocupación es la inserción laboral del 69 por ciento de las peruanas y del 58,1 por ciento de las paraguayas. Por el lado de Córdoba, son las mujeres peruanas, como sucede en Buenos Aires, quienes principalmente se dedican a esta actividad, aunque también involucra a mujeres bolivianas. En muchos casos, la valoración de las mujeres migrantes, en especial aquellas de origen peruano, para el sector de cuidados se asienta en su sobrecalificación, dando cuenta que, en ocasiones, la incorporación en el trabajo doméstico remunerado no se relaciona directamente con la pertenencia de clase ni con la calificación laboral.

Esta actividad asume distintas modalidades y significaciones a partir del proyecto migratorio y de las formas en que se produce la migración, del momento de arribo, de la condición migratoria y de las oportunidades

que se abren en el lugar de destino. La inserción en el empleo doméstico para las mujeres migrantes –internas y externas– descansa fundamentalmente en redes sociales que pueden activarse previo a la migración, como también en el lugar de llegada, luego de haber migrado. En el primer caso, la mujer se moviliza con un trabajo ya establecido mientras que en el segundo, las redes de contacto en el destino, que permiten la circulación de información sobre la historia personal y la vida laboral de la trabajadora migrante, orienta y facilita su incorporación laboral. En relación con este último caso, es común que a partir de esas redes la misma persona trabaje para un grupo familiar o de amigos. De este modo, y operando de modo similar al descrito por Patricia Vargas (2005) dentro de la industria de la construcción, la informalidad de las relaciones laborales vuelve a la “confianza” interpersonal expresada en las recomendaciones un bien extremadamente valorado. A partir de acontecimientos personales (casamientos, maternidad, reunificación familiar e incluso la finalización de una carrera) se observan dos estrategias principales desplegadas por las migrantes: por un lado, un cambio en la actividad laboral (hacia sectores laborales también precarizados, como el *cuentapropismo*, o incluso hacia otras actividades más visibles y reconocidas dentro del sector de cuidados, como la enfermería) y, por el otro, una movilidad ocupacional horizontal dentro de la misma actividad, transitando del empleo doméstico remunerado “cama adentro” hacia aquel llevado a cabo de manera externa, ya sea fijo o por horas.

La presencia activa de mujeres migrantes en el empleo doméstico brinda herramientas para reflexionar sobre las jerarquías presentes entre la fuerza de trabajo. Estas jerarquías, que convirtieron a las trabajadoras domésticas en una fuerza laboral “barata”, permitieron que las migraciones internas y regionales hacia los grandes núcleos urbanos mantuvieran el costo del trabajo doméstico en niveles accesibles para gran parte de los sectores medios que, de ese modo, no se vieron en la necesidad de ajustar su demanda (Jelin, 1976). Aún reconociendo la heterogeneidad de situaciones y trayectorias al interior del trabajo doméstico remunerado, esta ocupación suele ser pensada por las trabajadoras como una estrategia temporaria que corresponde a un

momento del ciclo de vida, y es generalmente seguida por la búsqueda de otra condición de trabajo, a la que sin embargo no todas acceden (Avila, 2008: 67 en Tizziani, 2011: 311; Borgandeu García, 2009). Nuestras primeras aproximaciones al campo así como los trabajos empíricos sobre el trabajo doméstico en la Argentina (Borgandeu García, 2009; Lautier, 2003; Magliano et al, 2013; Tizziani, 2011) muestran que la movilidad hacia otros sectores de actividad es escasa, dando lugar a una movilidad estrictamente horizontal entre diferentes formas de desempeñar el trabajo doméstico remunerado lo cual contrasta con los discursos sobre el carácter provisional de este tipo de empleos que muchas mujeres construyen.

Entre las múltiples dimensiones que permiten explicar tal situación, la construcción política e ideológica del trabajo doméstico como “no trabajo” –debido a que se realiza en el ámbito “privado” del hogar– y desprofesionalizado –en tanto se sustenta en la visión de que para este trabajo sólo es necesario “ser mujer”, naturalizando una serie de aptitudes a partir de la condición de género–; y la ausencia estatal en cuanto a la regulación y la protección social a quienes se dedican a esta tarea han jugado un rol central. En muchos casos la inserción en el empleo doméstico ha podido “coexistir” más fácilmente que otras inserciones con la informalidad y, para las migrantes internacionales, con la irregularidad migratoria, en especial debido a la falta de controles en tanto se desarrolla en el universo “privado” del hogar. De acuerdo a un informe de la OIT del año 2014,

los niveles de informalidad laboral en el sector de casas particulares más que duplican el registro promedio para la economía argentina. La elevada informalidad laboral sectorial se conjuga, además, con diferentes modalidades de precariedad laboral. Las trabajadoras domésticas –más de 90% del total son mujeres– representan 22,7% de todos los asalariados no registrados del país (OIT, 2014: 5).

En el país fue recién en abril del año 2013 cuando se aprueba una

ley (Ley N° 26.844) que regula el trabajo para las personas en casas particulares, siendo uno de los principales propósitos “formalizar” a las/os trabajadoras/es que ejercen algunas de las ocupaciones que engloba la ley. Si bien aún no es posible determinar el alcance de los cambios en las dinámicas relativas a esta inserción laboral; a partir del trabajo de campo iniciado y de los registros del Sindicato del Personal de Casas de Familia (SIN.PE.CAF.) de la provincia de Córdoba, es posible detectar un aumento de la formalización de las trabajadoras, tanto nativas como migrantes, lo que no implica necesariamente una transformación radical en las condiciones de vida de muchas empleadas domésticas y sus familias y de las visiones predominantes en torno al trabajo doméstico. El documento de lo OIT arriba citado señala que para lograr la extensión de esos derechos a todos los trabajadores del sector, se requiere una extensa tarea de fiscalización y difusión de los derechos desde el Estado, aún pendiente (OIT, 2014: 6). Pese a reconocer esta situación, es preciso subrayar que desde los últimos años la tradicional invisibilidad del empleo doméstico ha comenzado a ser disputada a partir de su reconocimiento como trabajo y de quienes lo realizan como trabajadoras y sujetos de derecho. Un ejemplo de estas transformaciones puede resultar la creciente participación y algunas experiencias de sindicalización de mujeres migrantes, en especial peruanas, en los sindicatos y en movimientos sociales y políticos que reivindican el ejercicio de ciertos derechos.

Las mujeres migrantes en el cuidado de la salud: el caso de las enfermeras

Recuperando la clasificación propuesta por Duffy (2005), la enfermería forma parte de las actividades de cuidado que suponen una dimensión relacional y un elemento emocional/afectivo (las tareas del “care” como se las han definido más allá de las fronteras anglosajonas). Se trata de lo que Hoschschild (2000) ha teorizado como “trabajo emocional” que incluye la tarea de brindar cuidados en un sentido físico y emocional,

prestar atención y poder brindar ayuda y apoyo.¹⁷ El ejercicio de la enfermería implica dentro de tareas profesionales, funciones relacionadas con el desarrollo de tareas de “cuidados” que suelen estar “desvalorizadas” dentro del ámbito de la salud y cuyo buen desempeño radica en que se mantengan como “invisibles”, es decir, que no deben quedar huellas de la presencia de la enfermera (Borgeaud-Garciandía, 2009 y 2013; Horrac, 2010). Este saber-hacer de las enfermeras es *discreto* en el sentido de que los medios puestos en marcha no llaman la atención de quien se beneficia y deben poder ser movilizados sin esperar gratitud.¹⁸

El interés por indagar la relación entre enfermería y migraciones surge de las constantes aseveraciones de trabajadores/as de hospitales sobre la presencia cada vez mayor de personas de origen migrante (comprendiendo por ello migrantes internacionales) desempeñándose como enfermeros y del propio trabajo de campo con migrantes, en donde surgían cada vez con mayor frecuencia casos de jóvenes migrantes –e hijas de migrantes estudiando o ejerciendo como enfermeras–. Estudios anteriores muestran dos tendencias principales en relación con la presencia de enfermeras migrantes. Por un lado, la “migración de enfermeras” como parte de circulaciones de personas con calificaciones valoradas en el mercado de trabajo, en especial desde los países de la región. Un informe de la Organización Panamericana de la Salud indica que en la Argentina el 41 por ciento de las enfermeras migrantes proviene de países fronterizos y el 21 por ciento de Perú. Casi el 90 por ciento de las enfermeras migrantes consiguió trabajo en menos de un año y el 38,8 por ciento envía dinero a su país de origen (OPS, 2011).¹⁹ Sin embargo en términos absolutos se trata de un fenómeno reducido (según datos del Ministerio de Salud se de-

¹⁷ Pascale Moliner (2010), desde la academia francesa, ha desarrollado una multiplicidad de investigaciones empíricas sobre el mundo de la enfermería comprendido como “care”, el cual contiene una serie de características bien definidas (“actitud adecuada”, una forma de atención particular ajustada a las necesidades del otro, etc.).

¹⁸ Este carácter discreto de la tarea se relaciona indudablemente con una de las principales demandas de los y las enfermeros/as, el “reconocimiento” y visibilización de su tarea como parte necesaria de un saber profesional de la salud (Horrac, 2010; Lautier, 2003).

¹⁹ De acuerdo a esa misma investigación, Argentina fue el cuarto país sudamericano que más enfermeras migrantes recibió (211) detrás de Brasil (513), Venezuela (330) y Chile (317). Vale aclarar que estos flujos no fueron promovidos por el Estado nacional.

sempañan más de 70000 enfermeras/os en el país). Por el otro, migrantes –e hijos/as argentinos/as de migrantes regionales– que estudian enfermería, fundamentalmente en las universidades públicas nacionales e instituciones privadas con reconocimiento social (Cruz Roja, hospitales – escuela). Se trata de un hecho difícil de cuantificar pero cuya significación radica en la visibilidad que ha adquirido entre los actores relevantes del sistema de salud. Según los datos objetivos, la EPH del 2011 muestra que la proporción de extranjeros/as desempeñándose en el sector salud es de 10,7 por ciento en el Gran Buenos Aires y 11,7 por ciento en la Ciudad de Buenos Aires. En la carrera de enfermería de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ) un 3 por ciento de los/as alumnos/as son extranjeros/as, (en especial bolivianos y paraguayos). De lo que sí se dispone son de datos acerca de la nacionalidad de quienes estudian en instituciones terciarias no universitarias de la CABA llegando al 43% los y las estudiantes que han nacido en otro país, destacándose los y las nacidos en Bolivia y Perú que representan un 20% y 13% respectivamente sobre el total del alumnado (Relevamiento Anual 2013, DINIECE, Ministerio de Educación). Para el caso de Córdoba, de acuerdo a los Anuarios Estadísticos de la UNC (Secretaría de Asuntos Académicos, PEU), desde el año 2009 y hasta el año 2012 el número de estudiantes extranjeros –compuesto por una amplia mayoría femenina– de enfermería, en especial de origen peruano, se ha incrementado considerablemente. Del total de alumnos/as registrados/as en el año 2009 el 6,5 por ciento era de origen migrante (4,1 por ciento peruanas y 1,9 por ciento bolivianas); en el año 2010 el 7,3 por ciento (4,6 por ciento peruanas y 2 por ciento bolivianas); en el año 2011 el 6,1 por ciento (4,3 por ciento peruanas y 1,3 por ciento bolivianas); y en el año 2012 el 8,4 por ciento (6,3 por ciento peruanas y 1,7 por ciento bolivianas).

Teniendo en cuenta la importancia del empleo doméstico en la Argentina como horizonte de posibilidad de las inserciones laborales para las migrantes regionales y su impacto como la puerta de entrada al mercado laboral nacional, es posible sostener que la presencia de mujeres migrantes estudiando y ejerciendo la enfermería podría representar una movilidad “ascendente” (de acuerdo a la valoración social de ambas ac-

tividades) dentro de la trayectoria biográfica o familiares de la población migrante local. Esto marca una diferencia significativa en relación con las dinámicas de migración de enfermeras a nivel global. En nuestro caso, no se trata de flujos de profesionales de la salud (temporales o permanentes) promovidos por los Estados (de origen y destino) sino más bien de estrategias de los propios sujetos y de sus familias en relación con las oportunidades de trabajo y de cierta movilidad social ascendente.

Los empleos relacionados con el “cuidado” tienen diferentes jerarquías relacionadas con las tareas desempeñadas y su valoración social. En términos objetivos es posible establecer una jerarquía de acuerdo al nivel de los ingresos, las características raciales y de género, la normativa laboral vigente para cada uno de ellos y si tienen o no acceso al régimen oficial de seguridad social. Sin poder ahondar aquí en las características diferenciales de las tareas seleccionadas, el sólo hecho de ser la enfermería una actividad profesional, regulada, con altas tasas de registro la ubica en una posición superior en la escala de valoración social sobre el cuidado. Ahora bien, si suponemos la posibilidad de moverse verticalmente al interior de las tareas de cuidado, la presencia de mujeres migrantes como estudiantes/enfermeras podría llegar a leerse como el resultado de carreras laborales ascendentes en una misma biografía o intergeneracionalmente. Es decir que pese a las segregaciones que enfrentan las mujeres migrantes en Argentina expresadas en segmentaciones étnico nacionales del mercado de trabajo es posible suponer trayectorias que permiten dar cuenta de una movilidad ascendente en el interior de ciertos sectores. Espacios limitados en los cuales inscribir trayectorias disidentes por lo “inesperadas”. De este modo, aún cuando al interior del campo de los saberes profesionales en salud la enfermería tiene una posición inferior que suele ser desvalorizada e invisibilizada en el marco de las relaciones entre los y las trabajadoras de la salud y con los y las pacientes, se trata de una de las tareas “privilegiadas” en el conjunto de las tareas remuneradas relacionadas con la reproducción social de la población a las que pueden acceder las mujeres migrantes. Pero además el planteo propuesto parte de considerar que dentro del universo del cuidado se pueden configurar movilidades laborales horizontales y verticales, involucrando diferentes di-

menciones de los proyectos migratorios y dando cuenta de la existencia de pasajes y circulaciones entre las tareas de cuidado y la posibilidad de realizar una “carrera” informal dentro del mercado de cuidados.

En la literatura sobre cuidados, la noción de “carrera” suele continuar la propuesta de Huges que se refiere a “la secuencia de movimientos de un puesto de trabajo a otro que hace un individuo que se desplaza dentro del sistema ocupacional” (Becker, 2009 en Tizziani, 2011). Así, las carreras son comprendidas como el resultado de un encadenamiento de secuencias en la vida laboral de los actores, a través de las cuales se pueden ver sus intenciones, sus representaciones, su desarrollo complejo pero sobre todo dinámico (Muñiz Terra, 2012). Partiendo de este tipo de herramienta metodológica nos interesa poder vincular las características de la estructura social y del mercado de trabajo local, es decir su etnificación, racialización y generización que organiza el horizonte de posibilidades laborales que se les abre a estas mujeres (Tizziani, 2011), con sus trayectorias biográficas, migratorias, familiares y las valoraciones de las diferentes experiencias laborales.

Migración cualificada y políticas públicas en América del Sur: el Programa Prometeo como estudio de caso

Claudia Pedone

El endurecimiento de los controles migratorios en EE UU y Europa y la profundización de la crisis económica global han impulsado ciertas modificaciones en la composición y dirección de las corrientes migratorias internacionales. En lo referente a las migraciones en América Latina, en los últimos años se registra una disminución de las salidas hacia Europa, el retorno de migrantes ecuatorianos, colombianos, bolivianos y argentinos que residían en España y la reconfiguración de los movimientos regionales de población. Frente a las transformaciones políticas, económicas, sociales y territoriales actuales en el sistema migratorio transatlántico entre Europa y América Latina, países como Argentina, Brasil, México, Chile y Ecuador se han ido transformando en destino de nuevas corrientes migratorias. Ecuador ha pasado de ser uno de los países que más población expulsó a Europa desde fines de la década de 1990 hasta mediados de los años 2000, a convertirse en un lugar de destino para migrantes cualificados europeos y latinoamericanos en el marco de la crisis socioeconómica europea.

En este contexto, Ecuador ha comenzado a implementar programas que apuntan a promover la inmigración temporal de población calificada con el objetivo de afianzar y consolidar su capital social, tecnológico y cultural. En este sentido, desde el 2009 la Secretaría Nacional de Educación Superior Ciencia y Tecnología (SENESCYT) puso en marcha el Pro-

grama Prometeo que promociona la llegada y el retorno de recursos humanos cualificados, mediante becas dirigidas a las áreas prioritarias definidas por el Estado ecuatoriano según el Plan Nacional del Buen Vivir. Esta última iniciativa promociona no sólo la inmigración de población extranjera altamente calificada, sino también el retorno de emigrantes ecuatorianos/as cualificados/as.

Los resultados exploratorios que aquí se presentan tienen como objetivo explorar estas políticas y programas de atracción de migración calificada dirigida a áreas prioritarias estatales dentro de su propuesta de cambio de la matriz productiva y los perfiles migratorios de investigadores/as extranjeros/as y retornados/as que arriban a Ecuador a insertarse en el Sistema de Educación Superior a través del Programa Prometeo. A partir de este estudio empírico, se pretende poner en debate y reflexionar sobre las categorías de “fuga de cerebros”, “migración calificada”, “diásporas científicas”, categorías elaboradas desde la década de 1960 hasta la actualidad, para analizar la migración altamente calificada en dirección Sur-Norte.

El estudio se llevó a cabo entre abril y octubre de 2014, se priorizó el uso de estrategias metodológicas cualitativas. Se realizaron 38 entrevistas en profundidad y un cuestionario a toda la base de Investigadores/as Prometeo como una herramienta de información complementaria. El cuestionario se envió a 504 Investigadores/as beneficiarios/as del Programa y respondieron el cuestionario 262 investigadores/as que equivale al 52% del total de la muestra, porcentaje que permite establecer una representatividad en las variables consideradas. Las entrevistas en profundidad tuvieron como criterios de selección: nacionalidad, país de aplicación, área de conocimiento, sexo y edad y la distribución territorial en diversas ciudades del país, tanto en Universidades como en Instituciones Públicas de Gobiernos Provinciales y Estatales.

La migración calificada desde el Sur al Norte: construcción de categorías de análisis

A partir de estas reconfiguraciones migratorias en América Latina,

países como Argentina, Brasil, Chile, México y Ecuador se han ido transformando en destino de nuevas corrientes migratorias, es por ello que en ámbitos académicos, educativos, políticos y comunicacionales emerge un nuevo discurso sobre la migración cualificada. Aunque la discusión sigue apareciendo en el marco de categorías construidas para analizar este perfil migratorio de las migraciones Sur-Norte y asociadas a las categorías de análisis de “fuga de cerebros” (Solimano, 2013; Pellegrino, Bengochea y Koolhaas, 2013).

La aplicación del concepto de “fuga de cerebros” (*Brain Drain*) como categoría de análisis data de la década del sesenta. Los trabajos de Chaparro y Arias (1970); Rodríguez (1986); Oteiza (1996) y Pellegrino (2003-2008) fueron claves para desarrollar este marco analítico en América Latina; bajo el supuesto de que la migración internacional de personas con altas cualificaciones resultaba perjudicial para el desarrollo (crecimiento económico) de los países de la región. En la década de los setenta, a partir de los estudios de la CEPAL, los trabajos se centraron en analizar la migración calificada en relación a los problemas que generan los modelos de desarrollo en la región en pos de demostrar que la pérdida de recursos humanos cualificados era una faceta más de un proceso de dependencia de los países del Sur respecto a los países capitalistas del Norte.

A partir de la década de los ochenta el enfoque de estudio de la emigración de recursos humanos altamente calificados tomó un nuevo rumbo, pues a partir de la implementación de las reformas estructurales que impulsaron el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el protagonismo de los organismos internacionales se empezó a delinear el enfoque de la “ganancia de cerebros” (*BrainGain*) y la “circulación de talentos” (*BrainCirculation*), ambas categorías asociadas a la idea de que los migrantes altamente calificados contribuyen de manera positiva en el desarrollo de los países de origen y destino.

En este contexto, las redes de profesionales altamente calificados fueron abordadas bajo la categoría de “diásporas científicas”. Esta categoría fue impulsada por la Comisión Europea y el Foro Mundial sobre

Migración y Desarrollo en el marco del flujo Sur-Norte pero frente a la reciente reconfiguración migratoria en un contexto de crisis económica fue adoptada por algunos académicos y *policymakers* de los países de origen para resaltar el potencial de los inmigrantes cualificados en la transferencia de conocimiento científico a su país de origen.

Sobre todo ha sido aplicada para analizar aquellos programas de migración circular, gestionados como una herramienta de la política migratoria que promueve el enfoque del “*win-win-win*”; en el que los países de destino, los países de origen y los propios trabajadores migrantes puedan promover el desarrollo en los países de origen a través de la circulación de talentos, el retorno de las competencias, la creación de empresas, pero además, intenta reducir al mínimo la migración irregular, por lo que se ha convertido en una herramienta conveniente para los intereses de los países de origen en línea con las políticas económicas que promueven.

Las recientes discusiones teóricas sobre la diáspora de profesionales altamente calificados han sido muy exageradas pues existe poca evidencia empírica (información) que apoye la tesis de que la formación de “diásporas científicas” impulsa la formulación de proyectos nuevos e innovadores en los países de origen.

El foco principal del debate sobre la circulación de talentos es que se ha convertido en un mecanismo para ampliar la selectividad de trabajadores altamente calificados de los países en desarrollo a los países de destino. En este sentido, para hacer frente a las causas y los efectos de la reconfiguración del flujo de migración de profesionales altamente calificados (Sur-Norte) es necesario adoptar un enfoque que vaya más allá de las cuestiones estrictamente definidas en la circulación de talentos, dado que este flujo no sólo replica la segmentación existente entre capital y trabajo, sino que además denota la asimetría entre la movilidad internacional de la élite profesional, de conocimiento, de empresarios y la movilidad de los trabajadores y las personas con menores calificaciones.

Sin duda, los desplazamientos de migrantes cualificados/as en las direcciones Norte-Sur y Sur-Sur adquiere otras connotaciones en cuanto a profundización de desigualdades socioeconómicas con respecto a sus

pares en los lugares de destino, a estatus jurídicos y diferentes prácticas políticas y discursivas en relación a los desplazamientos Sur-Norte.

Andrés Solimano (2013) define como “élite internacional móvil” a aquellas personas con niveles superiores de educación, calificaciones especiales, conexiones sociales y habilidades empresariales que se mueven con frecuencia a través de las fronteras nacionales. Este segmento globalmente móvil incluye un rango amplio de personas, por ejemplo, ingenieros, médicos, académicos, expertos en tecnología informática, científicos, estudiantes de posgrado, empresarios, artistas, escritores, personas relacionadas con los medios de comunicación y la tecnocracia de los gobiernos y profesionales de las organizaciones internacionales. Esta migración cualificada crea sus propios circuitos de migración y “ecosistemas” profesionales que favorecen su movilidad internacional y éxito profesional.

A partir de estas primeras reflexiones, es imprescindible complejizar las categorías de análisis utilizadas hasta el momento. En esta línea y a partir de un análisis exploratorio de las políticas públicas dirigidas a la migración cualificada extranjera y de retorno en Ecuador se intenta profundizar en estas categorías y analizar diferentes perfiles migratorios que detrás de la etiqueta de “migrantes cualificados” captados por estas políticas, existen estrategias de opciones laborales para mitigar los efectos de la crisis europea y en algunos países de América Latina.

Ecuador como lugar de destino de migrantes extranjeros y retornados/as cualificados/as

Frente a las transformaciones políticas, económicas, sociales y territoriales actuales en el sistema migratorio transatlántico entre Europa y América Latina, Ecuador ha pasado de ser uno de los países que más población expulsó a Europa desde fines de la década de 1990 hasta mediados de los años 2000, a convertirse en un lugar de destino para migrantes cualificados europeos y latinoamericanos en el marco de la crisis socioeconómica europea.

En este contexto, Ecuador ha comenzado a implementar programas que apuntan a promover la inmigración temporal de población calificada con el objetivo de afianzar y consolidar su capital social, cultural y simbólico. En este sentido, la Secretaría Nacional de Educación Superior Ciencia y Tecnología (SENESCYT) puso en marcha el Programa Prometeo que promociona la llegada y el retorno de recursos humanos cualificados, mediante becas dirigidas a las áreas prioritarias definidas por el Estado ecuatoriano según el Plan Nacional del Buen Vivir. Esta última iniciativa incentiva no sólo la inmigración de extranjeros, sino también el retorno de población emigrante ecuatoriana calificada.

El Programa Prometeo como política pública

En el Plan Nacional para el Buen Vivir 2009-2013 se han definido políticas, que entre otras, impulsan una economía sostenible territorialmente; la transformación, diversificación y especialización productiva a partir del fomento de diversas formas de producción; cambios en los patrones de consumo y acceso a conocimientos y tecnologías y a su generación endógena como bienes públicos; el mejoramiento de las capacidades y potencialidades de la ciudadanía, a través del fortalecimiento de la educación superior con una visión científica y humanística. Desde la SENESCYT, se promueve una idea de la educación superior y la investigación científica asociada que debe concebirse como un bien público en tanto que su desarrollo beneficia a la sociedad en su conjunto. Según la política de Estado, con el cambio de la matriz productiva a través de privilegiar la diversificación productiva, la incorporación del conocimiento, la optimización del valor agregado, es necesario incrementar las capacidades de investigación del país tanto con equipamiento e infraestructura, institucionalidad y principalmente recurso humano; para lo cual, se requiere incorporar expertos de alto nivel a los institutos públicos de investigación, entidades públicas y sectores productivos priorizados. Desde esta institución se instala la categoría de la “circulación de talentos” haciéndose eco de la premisas de algunos organismos internacionales.

En este contexto, la SENESCYT, como órgano rector del Sistema

Nacional de Educación Superior, impulsa la elaboración del proyecto “Becas Prometeo”, como un proyecto de inversión con miras a fortalecer los procesos de investigación y docencia emprendidos por universidades y escuelas politécnicas, tanto públicas como cofinanciadas, institutos públicos de investigación, institutos técnicos y tecnológicos, entidades y organismos del sector público (SENESCYT, 2014).

Este proyecto se inicia a partir de un diagnóstico que identifica como principales problemas nacionales en el área de ciencia y técnica:

- Capacidades limitadas de conocimiento para la investigación científica, docencia, innovación, desarrollo tecnológico y social en las áreas estratégicas del desarrollo nacional y regional de universidades y escuelas politécnicas, tanto públicas como cofinanciadas, institutos públicos de investigación, institutos técnicos y tecnológicos, entidades y organismos del sector público en general y sectores productivos priorizados de todo el país.
- Carencia de líneas base de necesidades de profesionales investigadores, docentes y docentes-investigadores de las universidades y escuelas politécnicas, institutos públicos de investigación, institutos técnicos y tecnológicos, instituciones públicas y sectores productivos priorizados de todo el país.
- Complejos procesos y recursos limitados para la contratación de investigadores, docentes y docentes-investigadores de las instituciones de educación superior e institutos públicos de investigación.
- Limitada disponibilidad de investigadores, docentes y docentes-investigadores formados técnica y profesionalmente en áreas requeridas.

Es en este contexto donde se desarrolla la presente investigación. A continuación se presentan algunos hallazgos exploratorios que describen los perfiles migratorios de los y las investigadores/as Prometeo.

Perfiles migratorios de los/as investigadores/as Prometeo vinculados a la reconfiguración de flujos migratorios

La primera aproximación de este análisis fue conocer los canales a partir de los cuales los/as profesionales habían conocido y tomado contacto con el Programa. Si bien, desde la Gerencia se enfatiza en que la difusión del Programa se hace por medio de las embajadas y los mecanismos que brinda la cooperación internacional, nuestro trabajo de campo corroboró que estos mecanismos de difusión son los menos eficaces. Los canales de difusión más efectivos para el conocimiento y contacto con el Programa son las relaciones personales y los medios de comunicación y redes sociales. En cuanto a los vínculos previos con Ecuador, predominan los de tipo académicos y de amistad, aunque es importante señalar que el 44% de los/as profesionales de la muestra no tenía ningún vínculo con Ecuador.

El conocimiento del Programa se da, principalmente, mediante la comunicación entre investigadores/as, que a su vez, están propiciando redes de profesionales calificados, que organizan las estancias en Ecuador procedentes de los mismos países e incluso de las mismas universidades y que tanto desde la Europa Mediterránea como desde algunos países de la región, como es el caso de Venezuela, responden a una estrategia de inserción laboral, debido a la crisis económica y financiera que sufren los sistemas educativos y de ciencia y tecnología en sus países de origen.

Por otro lado, existe un perfil de investigadores/as que llegan a Ecuador por vínculos académicos previos, sobre todo de profesionales ecuatorianos/as que han realizado posgrados y estancias de investigación en el exterior. Otro perfil de vinculación obedece a aquellos/as investigadores/as ecuatorianos/as con trayectorias cualificadas en el exterior y que han mantenido contacto frecuente con la sociedad de origen y están comprometidos con el proceso de cambio político que actualmente vive el país andino.

Como adelantáramos, la reconfiguración de los flujos migratorios en el sistema migratorio transatlántico frente a la crisis socioeconómica europea ha generado desplazamientos que incluyen el retorno de pobla-

ción latinoamericana que había migrado a Europa y Estados Unidos y la llegada de inmigrantes europeos a nuestro continente. Países como Ecuador con políticas públicas de atracción en las áreas de ciencia y tecnología intervienen en esta reconfiguración. En este contexto, el trabajo de campo con Investigadores/as Prometeo nos permitió explorar, conocer y analizar diversos perfiles migratorios que detrás de la categoría de “migración cualificada”, favorecieron la opción de postular a Prometeo. A continuación describimos las características de los/as protagonistas de estos desplazamientos:

Perfil migratorio altamente cualificado procedente de América del Norte, India, Norte de Europa.

- Un perfil entre 55 y más de 70 años, con alta cualificación que a partir de sus años sabáticos o su jubilación ven en el Programa Prometeo la posibilidad de conocer parte de América Latina, consolidar vínculos académicos iniciados años atrás y aprovechar a poner en marcha proyectos de investigación innovadores con salarios muy bien remunerados.

Perfil migratorio producto de la crisis europea, específicamente, España e Italia

- Un perfil de 29 a 50 años que buscan en el Programa Prometeo una opción laboral frente a la crisis socioeconómica y a las escasas posibilidades de inserción académica en origen.
- Sus trayectorias de posgrado, preferentemente, son nacionales entre los/as más jóvenes e internacionales entre los/as mayores.
- Su opción por Prometeo responde a la imposibilidad de acceder a becas y estancias en EE.UU y Europa, como hasta hace unos pocos años.
- Pretenden mantener el vínculo entre Ecuador-España como una estrategia de sobrevivencia.
- Son muy críticos con la gestión del Programa debido a que pretenden que funcione como una beca posdoctoral.

Perfil migratorio producto de la reconfiguración de los desplazamientos de migración cualificada latinoamericana

- Perfil profesional que estudió su carrera de posgrado en el exterior (EE:UU, Canadá y Europa)
- La inserción laboral mediante estas políticas científicas están vinculada a las estrategias de retorno.
- Carreras de posgrado con trayectorias internacionales

Perfil migratorio producto de la crisis sociopolítica de Venezuela

- El perfil es más variable en edad comparado con el perfil europeo-mediterráneo.
- Un perfil de profesional con CVs consolidados con condiciones socioeconómicas deterioradas
- Un perfil de profesores jubilados/as, a quienes la inserción en Prometeo les permite acceder a mejores condiciones de vida frente a pensiones devaluadas
- Ambos perfiles toman al Programa Prometeo como una opción laboral y de vida ante las condiciones socioeconómicas deterioradas y condiciones político-universitarias conflictivas en origen
- Sus planes son de retorno a largo plazo y de un asentamiento a mediano plazo en Ecuador, por ello, tienen una mejor valoración de la gestión del Programa y estrategias novedosas ante las dificultades académicas, institucionales y de infraestructura encontradas en las instituciones de acogida

Perfil migratorio de Investigadores/as Ecuatorianos/as Retornados/as

- Es un perfil variable en cuanto a edad y equilibrado en relación al género
- La mayoría se ha vinculado como una estrategia de retorno definitivo y/o temporal, pero con un alto compromiso político debido a los procesos de cambio que vive nuestra región y, en particular, Ecuador

- Sin embargo, el Programa no funciona como una política de repatriación de recursos humanos, debido a que no enfoca sus canales de difusión y selección de perfiles de investigadores/as para captar a la población ecuatoriana altamente calificada radicada en el exterior y que planea estrategias de retorno.

CONCLUSIONES

En los estudios de caso presentados en este capítulo queda evidenciada la sobrerrepresentación de la población migrante en mercados de trabajo étnicamente segmentados destinados a migrantes recientes, en los que hombres y mujeres se ubican en los escalones más bajos de las jerarquías sociales, fundamentado en dispositivos discriminatorios estigmatizantes.

En este sentido, consideramos a la condición migrante como un factor central en la intersección de desigualdades de clase, etnia, género y generación. En contextos de desigualdad, visualizamos la convergencia de diversas formas de opresión, poniendo particular atención en cómo las experiencias de clase delinean aprendizajes. Y es en esos entramados que hombres y mujeres potencian sus experiencias de clase, que detentan en forma diferenciada. Desde miradas analíticas que evitan posicionarse en esquemas economicistas e instrumentales, incorporamos factores subjetivos e identitarios que rescatan la experiencia, y que dan cuenta de las mediaciones que los sujetos construyen en relación a los condicionamientos macro y meso estructurales que moldean la movilidad territorial. De esta manera, las decisiones, trayectorias y experiencias de partir, conllevan negociaciones y resignificaciones en el seno de las familias, así como cobra particular centralidad el rol que ocupan en la conformación de las mismas según ciertas características (edad, sexo, posición en las relaciones de parentesco, estatus marital, etc.) y que influyen en la posibilidad de emprender un recorrido migratorio.

A lo largo del capítulo hemos podido constatar cómo los estereotipos discriminantes operan de manera contradictoria y yuxtapuesta como lo muestra el caso de los migrantes paraguayos en la actividad forestal del Delta del Paraná, estos trabajadores son excluidos de manera radical

cuando se los define como “criminales” remarcando su otredad inconmensurable y, al mismo tiempo, son incluidos en la mismidad pero en una posición de inferioridad cuando se exalta su capacidad para el “trabajo duro”. De esta manera se legitima su asignación a las posiciones más precarizadas del mercado laboral. Sin embargo, aun en inserciones “exitosas”, y que han dado lugar a la construcción de enclaves productivos étnicos como muestran los casos de Río Cuarto en Córdoba y de Valle Medio en Río Negro, es importante analizar las estrategias y las luchas simbólicas que elaboran los migrantes para sobrellevar el desclasamiento tras la migración y su subordinación a la condición migrante, creando lo que denominamos fronteras simbólicas.

Asimismo, ponemos en tensión las categorías inmigrantes/emigrantes, desde la consideración que estas denominaciones son asignadas por el Estado basadas en sistemas clasificatorios que operan en el sentido de otorgar esa denominación a quienes comparten un conjunto de características innatas debido a su nacionalidad y condición étnica. De este modo se legitima la relación desigual entre capital y trabajo a través de las relaciones de producción.

En el caso de políticas públicas que promueven la llegada y retorno de recursos humanos cualificados, como presenta el estudio de Ecuador, vemos que la mayoría de los/as investigadores/as entrevistados/as no se reconocen como migrantes, al asociar la categoría de inmigrante a personas pobres, de inserción precaria. Estos nuevos desplazamientos ponen en tela de juicio los discursos y prácticas de algunos gobiernos de la región sobre la llegada de “mano de obra cualificada” y la “circulación de talentos”, e invisibilizan desigualdades entre estos/as trabajadores/as cualificados/as y sus pares en origen y entre otras categorías de migrantes, debido a estatus jurídicos ventajosos que derivan de estas políticas de atracción. Ante estas reconfiguraciones, nos planteamos la necesidad de construir categorías de análisis que superen aquellas generadas para abordar los desplazamientos Sur-Norte. Asimismo, estas movilidades dan cuenta de estrategias migratorias individuales y familiares similares a aquellas seguidas por inmigrantes con una inserción laboral en sectores no cualificados y que no son reconocidas por las políticas que gestionan

la “circulación de talentos”, ni por los propios “migrantes cualificados”.

Consideramos que el abordaje de las trayectorias migratorias, laborales y productivas debe ser complejizado con la comprensión de una circulación y control diferencial de varones y mujeres desde una preocupación por sostener la reproducción familiar en territorios en los que dejan huella. El análisis de ciertos procesos sociales territorializados otorga herramientas para ampliar la categoría de “migrante”. Experiencias de clase, movilidad y también de socialización, permiten incluir la convergencia de mujeres migrantes internas y externas para así poder analizar y comprender los mecanismos que operan de modo silencioso en la formas de organizar las carreras laborales de las mujeres migrantes en las jerarquizaciones, pasajes y carreras inherentes a procesos de movilidad ocupacional horizontal dentro de la misma actividad en el caso de los empleos relacionados con el cuidado.

BIBLIOGRAFÍA

Anthias, F. (2001) The material and the symbolic in theorizing stratification: issues of gender, ethnicity and class. *British Journal of Sociology*, Vol. 52, N° 3: 367-390.

Arjona, A. (2004) *Inmigración y mercado de trabajo. El caso de la economía étnica en Almería*. Almería: Universidad de Almería.

Arjona, A. y J.C. Olmos (2005) Emprendedores étnicos en Almería. ¿Una alternativa laboral a la segmentación del mercado de trabajo? *Sociología del Trabajo*. Nueva Época, N° 54, primavera, Madrid.

Basch, L. et al (2003) *NationsUnbound. Transnacional Projects, Postcolonial Predicaments and Deterritorialized Nation-States*. New York: Routledge.

Belvedere, C. et al. (2007) “Racismo y discurso: una semblanza de la situación argentina”. En T. Van Dijk (ed.) *Racismo y discurso en América Latina*. Barcelona: Gedisa.

Benencia, R. (2013) “Cómo construyen lazos fuertes y lazos débiles los horticultores bolivianos en la provincia de Córdoba”. En: Karasik, G. (Coord.) *Migraciones internacionales. Reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea*: 49-67. Buenos Aires: CICCUS.

Benencia, R. y Aparicio, S. (2014) *Nuevas formas de contratación de trabajo agrario*. Buenos Aires. Ed. CICCUS.

Borgeaud-Garciandía, N. (2009) “Aproximaciones a las teorías del care. Debates pasados. Propuestas recientes en torno al care como trabajo”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, N° 22.

Bourdieu, P. (1988) *La Distinción*. Madrid: Taurus Alfaguara.

Briones, C. (2005) “Formaciones de alteridad: contextos globales, procesos nacionales y provinciales”. En Briones, C. (comp.) *Cartografías*

Argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad. Buenos Aires: Antropofagia.

Canales, A. y Zolniski, C. (2000) “Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización”. En *La migración internacional y el desarrollo en las Américas*. Simposio sobre migración internacional en las Américas, San José, Costa Rica, septiembre de 2000, CEPAL-ECLAC, Seminarios y Conferencias N° 15.

Chaparro Osorio, F. y Arias Osorio, E. (1970) *La emigración de profesionales y técnicos colombianos y latinoamericanos 1960 – 1970*. Colombia: Fondo colombiano de investigaciones científicas y proyectos especiales Francisco José de Caldas - Conciencias.

Duffy, M. (2005) “Reproducing Labor Inequalities. Challenges for Feminists Conceptualizing Care at the Intersections of Gender, Race, and Class”, *Gender and Society*, N° 1, Vol. 19.

Fenton, S. (1999) *Ethnicity, Racism, Class and Culture*. London: Macmillan.

Glick Schiller, N. (2008) *Beyond Methodological Ethnicity: Local and Transnational Pathways of Immigrant Incorporation*. Maja: Povrzanovic-Frykman,

Grosiman, F. y Confienza, M. (2013) “El servicio doméstico en Argentina. Particularidades y desafíos de un sector relegado (2004-2012)”, *Carta Económica Regional*, Año 25.

Guarnizo, L. (2010) “Notas sobre la movilidad contemporánea del capital y del trabajo”. En: Lara Flores, S. (coord.) *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*: 47-80. México: CONACYT, M. Á. Porrúa.

Gutiérrez, A. (1997) *Pierre Bourdieu. Las Prácticas Sociales*. UNM – UNC: Posadas.

Halpern, G. (2009) *Etnicidad, inmigración y política. Representaciones y cultura política de exiliados paraguayos en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.

Harvey, D. (1998) *La condición de la postmodernidad. Investigación*

sobre los orígenes del cambio cultural. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Herrera Lima, F. (2005) *Vidas itinerantes en un espacio laboral transnacional*. Mexico: UAM.

Hirata, H. y Molinier, P. (2012) Les ambiguïtés du care, *Travailler*, N° 28.

Hochschild, A. (2000) « Global care chains and emotional surplus value ». En: Giddens, Tony y Hutton, Will (eds.) *On the Edge: Globalization and the New Millennium*. London: SagePublishers, pp. 130-146.

Horrac, B. (2010) “Percepción sobre las condiciones y Medioambiente de trabajo, su impacto sobre la Salud y la prevención en enfermería. El caso de tres hospitales provinciales interzonales del gran La Plata”, Programa de Educación Permanente en Salud y Trabajo. Subsecretaría de Coordinación y Atención de la Salud. Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires.

Jelin, E. (1976) Migración a las ciudades y participación en la fuerza de trabajo de las mujeres latinoamericanas: el caso del servicio doméstico. *Estudios Sociales. Cedes*, 4: 1-18.

Jiménez Zunino, C. (2011) Desclasamiento y reconversiones en las trayectorias de los migrantes argentinos de clases medias, Universidad Complutense de Madrid, septiembre de 2011.

Kearney, M. (2008) “La doble misión de las fronteras como clasificadoras y como filtros de valor”. En L. Velasco Ortiz (Ed.), *Migración, fronteras e identidades étnicas transnacionales*: 79-116. México: El Colegio de la Frontera Norte-Miguel Ángel Porrúa.

Lara Flores, S. (2010) “Introducción”. En: Lara Flores, S. (coord.) *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*: 7-15. México: CONACYT, M. Á. Porrúa.

Lautier, B. (2003) “Las empleadas domésticas latinoamericanas y la sociología del trabajo: algunas observaciones acerca del caso brasileño”, *Revista Mexicana de Sociología*, Año 65, N° 4.

- Levitt, P. y Jaworsky, B. (2007) Transnational migration studies: Past developments and future trends. *Annual Review of Sociology*, 33, 129-156.
- Light, I. y S. Karageorgis (1994) “The ethnic economy”. En N. Smelser y R. Swedemberg (edit.) *The handbook of economic sociology*, Nueva York: Russell Sage Foundations.
- Lizardi Gómez, A. y Ortiz Cadena, K. (2012) “Introducción”. En: Lizardi Gómez, A. y Ortiz Cadena, K. (coords). *Cartografías del movimiento. Bosquejos de espacios creados por recorridos de individuos y artefactos*: 1-12. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Logan, J. R. et al. (1994) “Ethnic Economies in Metropolitan Regions. Miami and Beyond”, *Social Forces* n° 72, pp. 702-725.
- Magliano, M. J. et al (2013) “Mujeres bolivianas y peruanas en la migración hacia Argentina: especificidades de las trayectorias laborales en el servicio doméstico remunerado en Córdoba”. *Anuario Americanista Europeo*, N° 11: 71-91.
- Maguid, A. (2011) “Migrantes sudamericanos y mercado de trabajo.” En *La inmigración laboral de sudamericanos en Argentina*. Buenos Aires: OIT/Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.
- Mallimaci Barral, A. (2013) “Localizando el sentido de las desigualdades. Inclusiones y exclusiones de los/as bolivianos/as en Ushuaia”. En: Karasik, G. (coord.) *Migraciones internacionales: reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea*: 87-107. Buenos Aires: CICCUS.
- Monclús Masó, M. y García, M. (2012) “El impacto de las migraciones en la criminalidad en la Argentina: mitos y realidades. *Cuadernos Migratorios. El impacto de las migraciones en Argentina (2)*: 323-365.
- Muñiz Terra, L. (2012) “Carreras y trayectorias laborales: Una revisión crítica de las principales aproximaciones teórico-metodológicas para su abordaje”, *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, N° 2.
- Musset, A. et al. (2013) “Introducción. Santiago y sus migrantes: entre espera y esperanza”. En: Correa, V., Bortolotto, I. y Musset, A. (eds.) *Geo-*

grafías de la espera. Migrar, habitar y trabajar en la ciudad de Santiago, Chile. 1990-2012: 17-30. Santiago de Chile: Uqbar Editores.

Ortiz, Z. (2002) Laboring in the factories and in the fields. *Annual Review of Anthropology*. Vol. 31: 395-417.

Oteiza, E. (1996) Brain Drain: An historical and conceptual framework. *International Scientific Migrations-Revista Redes*- Universidad de Quilmes 3, no. 7: 101-20.

Pacceca, M.I. (2011) “Personas extranjeras en cárceles federales: vulnerabilidad y discriminación”. En C. Pizarro (ed.) *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate*. Buenos Aires: CICCUS.

Parella Rubio, S. (2003). *Mujer, inmigrante y trabajadora: la triple discriminación*. Barcelona: Anthropos.

Pedone, C. (2005). “Tú siempre jalas a los tuyos. Cadenas y redes migratorias de las familias ecuatorianas hacia España”. En: Herrera, G., Carriello, M.C. y Torres, A. (Eds.) *La migración ecuatoriana. Transnacionalismo, redes e identidades*: 105-146. Quito: FLACSO, Sede Ecuador.

Pedreño Cánovas, A. (2005) “Sociedades etnofragmentadas”. En: Pedreño Cánovas, A. y Hernández Pedreño, M. (Coords.) *La condición inmigrante. Exploraciones e investigaciones desde la Región de Murcia*: 75-106. Murcia: Universidad de Murcia.

Pellegrino, A. (2003) “Éxodo, movilidad y circulación: nuevas modalidades de la migración calificada.” *Estudios Sobre Migraciones Internacionales*. 58S, Ginebra: Programa de migraciones internacionales, Oficina Internacional del Trabajo.

Pellegrino, A. (2013) “La Migración Calificada En América Latina.” *Foreign Affairs en español* Abril – Junio 2008, 2-6. Disponible: <http://www.foreignaffairs-esp.org/20080401faenespessay080203/adela-pellegrino/la>

Piore, M. (1979) *Birds of passage: migrant labor and industrial societies*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pizarro, C. (2011a) ‘Ser boliviano’ en la región metropolitana de la ciudad

de Córdoba. Localización socio-espacial, mercado de trabajo y relaciones interculturales: 119-164. Córdoba. Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.

Pizarro, C. (2011b) “Sufriendo y resistiendo la segregación laboral: experiencias de inmigrantes bolivianos que trabajan en el sector hortícola de la región metropolitana de la ciudad de Córdoba”. En: Pizarro, C. (coord.) *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate*: 335-358. Buenos Aires: CICCUS.

Pizarro, C. (2012a). Clasificar a los otros migrantes: las políticas de migración argentinas como productoras de etnicidad y desigualdad. *Revista Méti, Historia & Cultura*, V. 11, N° 22: 219-240.

Pizarro, C. (2012b) “Discurso racializante y segmentación étnico-nacional del mercado laboral: Trabajadores bolivianos en un cortadero de ladrillos de Córdoba, Argentina”. En: Benencia, R., Herrera Lima, F. y Levine, E. (Coords.) *Ser migrante latinoamericano, ser vulnerable, trabajar precariamente*: 79-94. Madrid: Universidad Autónoma Metropolitana-Campus Iztapalapa – Editorial Anthropos.

Pizarro, C. (2012c) Sanidad, calidad: bioregulación y disciplinamiento. Las buenas prácticas agrícolas en la producción hortícola argentina. *Revista Ruris*, vol. 6, n° 2: 155-180.

Pizarro, C. (2013) “La bolivianidad en disputa. (Des)marcaciones de etnicidad en contextos migratorios”. En: Karasik, G, (Coord.) *Migraciones internacionales. Reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea*: 331-360. Buenos Aires: CICCUS.

Pizarro, C. (2014). “El cruce de las fronteras y jerarquías sociales en las migraciones femeninas asociacionales. Trayectorias y experiencias de mujeres bolivianas en Córdoba”. En: Pizarro, C. (ed.) *Bolivianos y bolivianas en la vida cotidiana cordobesa: Trabajo, derechos e identidad en contextos migratorios*”. Córdoba. Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.

Pizarro, C. y Trpin, V. (2012) Trabajadores frutícolas y hortícolas en la Argentina. Una aproximación socioantropológica a las prácticas de re-

producción y de resistencia de las condiciones laborales. *Revista Ruris*, vol. 4, n° 2.

Portes, A. (1995) Economic Sociology and the Sociology of Immigration: A Conceptual Overview. En: Portes, A. (ed.) *The Economic Sociology of Immigration*: 1-41. Nueva York: Russell Sage Foundation.

Portes, A. y K. Wilson (1980) Immigrants enclave: An analysis of the labor market experiences of Cubans in Miami, *American Journal Sociology*, n° 86.

Portes, A. y L. Jensen (1989) The enclave and the entrants: patterns of ethnic enterprise in Miami before Mariel, *American Sociological Review* n° 54.

Portes, A. y J. Böröcz (1989) Contemporary Immigration: Theoretical Perspectives on Its Determinants and Modes of Incorporation, *International Migration Review* 23.

Portes, A. y R.G. Rumbaut (2010) América inmigrante. Barcelona: Anthropos.

Quijano, A. (2000) “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En: Lander, E. (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

Rodríguez, A. (1986) “Los científicos sociales latinoamericanos como nuevo grupo de intelectuales” *El Trimestre Económico*: 939–62. Economía., Número 198, Abril-Junio. Fondo de Cultura Económica, Disponible: <http://aleph.academica.mx/jspui/handle/56789/6145>.

Sassen, S. (2003) *Contra-geografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Editorial Traficantes de Sueños.

Sassone, S. y Cortés, G. (2010) “Construir y vivir la frontera entre Bolivia y la Argentina. Entre el Estado y el capital espacial del migrante”. En: López Sala, A. M. y Anguiano, M. E. (eds.) *Migraciones y fronteras. Nuevos contornos para la movilidad internacional*: 225 - 258. Barcelona: Icaria-CIDOB.

Sayad, A. (1998) *A Imigração ou os Paradoxos de Alteridade*. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo.

Solimano, A. (2013) *Migraciones, Capital y Circulación de Talentos en la Era Global*. México: Fondo de Cultura Económica.

Tarrius, A. (2000) Leer, describir, interpretar. Las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de “territorio circulatorio”. Los nuevos hábitos de la identidad. *Relaciones*, Vol. XXI, N° 83: 39-66.

Tarrius, A. (2010) Pobres en migración, globalización de las economías y debilitamiento de los modelos integradores: el transnacionalismo migratorio en Europa meridional. *Empiria*, N° 19: 133-156.

Tizziani, A. (2011) De la movilidad ocupacional a las condiciones de trabajo. Algunas reflexiones en torno a diferentes carreras laborales dentro del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires, *Trabajo y Sociedad*, N° 17.

Thompson, E. P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Editorial Crítica. Grupo Editorial Grijalbo.

Torres Pérez, F. (2013) “Ecuatorianas en Valencia. De las redes de amigas a las redes familiares. Reflexiones sobre mujeres migrantes, redes y grupos familiares”. En: Sánchez Gómez, M. J. y Serra Yoldi, I. (Eds.) *Ellas se van. Mujeres migrantes en Estados Unidos y España*: 711-746. México: Universidad Autónoma de México.

Trpin, V., Abarzúa, F. y Brouchoud, S. (2014) “Territorio y familias hortícolas en el Valle Medio del río Negro: dinámicas productivas y trayectorias laborales”. En Fernández Equiza, A. (comp.) *Geografía, el desafío de construir territorios de inclusión*. Tandil: Universidad Nacional del Centro.

Trpin, V. y Radonich, M. (2013) “Mujeres migrantes en la organización de territorios rurales en el Alto Valle de Río Negro”. En: Karasik, G. (Ed.) *Migraciones internacionales: reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea*: 279-304. Buenos Aires: CICCUS.

Vargas, P. (2005) Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra: identi-

dades étnico- nacionales entre los trabajadores de la construcción. Buenos Aires: Antropofagia. Waldinger, R., H. (1990) *Ethnic entrepreneurs*. Londres: Sage Publications.

Wieviorka, M. (2009) *El racismo: una introducción*. Madrid: Gedisa.

Zhou, M. (2004) Revisiting ethnic entrepreneurship : convergences, controversies and conceptual advancements, *International Migration Review*, vol. 38 nº 3.